



RELATOS INCREÍBLES

Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

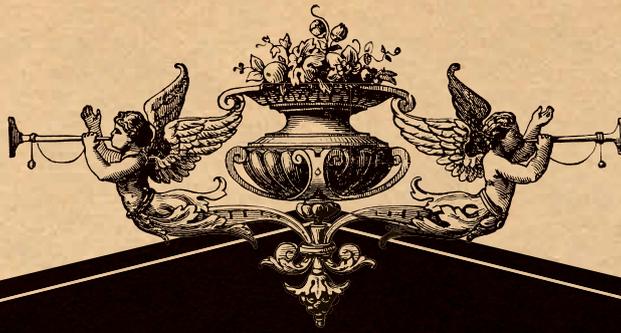
WOLF * VELÁSQUEZ * CEVASCO * ESPINOSA * MANRIQUE * GARRIDO
OLIVERA * CASALINO

**Encuentro con el olvido y
otros relatos**



SPX
GERARDO
ESPINOZA





Créditos



© 2017 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2017 Vicente Wolf, Javier Velásquez, Agustín Espinosa, Julio Cevasco, Jesús Manrique, Patricia Olivera, Federico Garrido y Álvaro Casalino.

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Daniel Salvo, Julio Cevasco, José Güich, Otilia Navarrete, Christian Campos Alvarado, Miguel Huertas, Tanya Tynjälä, Paola Arana y Daniel Arteaga**

Jefe de Ilustraciones: **Gerardo Espinoza**

Diseño de portada: **Gerardo Espinoza**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra y Rafo Núnjar Tovar**

Revista: **Relatos Increíbles**

Nº 12: **Enero del 2017**

ISSN: **2413-9017**

Distribución gratuita

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

Email: **relatos@acuedi.org**

facebook.com/relatosincreibles

Twitter: **[@RelatosInc](https://twitter.com/RelatosInc)**



Autores



Vicente Wolf
(Ciudad de México, 1988). Ingeniero Bioquímico con especialidad en Biotecnología. Actualmente estudiando una maestría en Ingeniería Bioquímica (TESE). Ha escrito diversos artículos para revistas internacionales especializadas en Biotecnología.



Javier Velásquez
(Bogotá, 1993). Estudiante de Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Humanidades: Lengua Castellana e Inglés. Autor del blog «Radiotelescopio abandonado» dedicado a la literatura de ciencia ficción y el terror cósmico.



Agustín Espinosa
(Coyuca de Benítez, 1992). Psicólogo egresado de la UNAM, escritor y profesor. Escribe constantemente en su blog «Hablando con Sinceridad», y ha participado en las revistas mexicanas «Letramía» y «Nixografía23».



Julio Cevasco
(Lima, 1985). Traductor e intérprete colegiado con conocimientos de alemán, español e inglés. Actualmente estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Münster, Alemania.



Jesús Manrique
(Lima, 1977). Técnico en Sistemas, diplomado en RRHH. Sus inicios creativos se dieron a través de los RPGs, decantando en el género literario con la publicación de relatos y cuentos cortos a través de su blog «Deadman Joking». En 2015 publica el cuento «Servicio de Medianoche» con nosotros.



Patricia Olivera
(Montevideo, 1970). Administrativa contable, estudiante avanzada de la Tecnicatura en Corrección de Estilo en lengua española, y de las licenciaturas en Lingüística y Letras en la UDELAR. Ha colaborado en las revistas «NM», «miNaturra» y «Axxón», entre otras.

Autores



Federico Garrido

(Don Benito, 1985). Escritor y dibujante aficionado, licenciado en Derecho y miembro fundador de la Asociación Cultural «Asbaraguzza». Ha publicado relatos en varias revistas como «Valinor» o «Almiar» y en una antología de cuentos de terror.



Álvaro Casalino

(Trujillo, 1988). Bachiller en Ciencias de la Comunicación. Publicó en el año 2012 el poemario «El Génesis Artificial», y en el año 2014 publicó el libro infantil «El ABC de los Monstruos» presentado en la 19 Feria Internacional del Libro de Lima.



Jimena Aparicio

(México, 1993). Diseñadora e ilustradora egresada de la UNAM. Actualmente labora en una agencia de social media cuidando los detalles de diseño y publicaciones. Además de llevar *branding* e ilustración de forma *freelance*. Ver p. 12



Gerardo Espinoza

(Lima, 1987). Artista gráfico, titulado en diseño gráfico publicitario. Se dedica actualmente a la ilustración. Es retratista, pintor de animales y escenarios. Está escribiendo actualmente su primera novela corta y pronto lanzará una historieta con el grupo «Ferro Producciones».



Beatriz Figueroa

(Lima, 1900). Diseñadora Gráfica, ilustradora, cantante en «Synthesis», trabajos de modelado, conductora del programa de radio «Clockwork Raven», promotora y administradora de Steampunk Peru. Ver p. 46



Andrea Donosti

(Logroño, 1992). Graduada en Derecho por la UNED y actualmente estudiante de Psicología. Ilustradora *freelance*. Trabajó en el poemario «Sobre las Nubes» en 2015 y hoy está sumergida en otros proyectos, entre ellos un par de libros más. Ver p. 27

Autores



Adrián Rivera

(México, D.F., 1983). Maestro en Ciencias y Artes para el Diseño. Se desempeña como comunicólogo en un instituto de investigación. Escritor e ilustrador en la revista de ciencia ficción, terror y fantasía «Relatos Increíbles». Ver p. 36



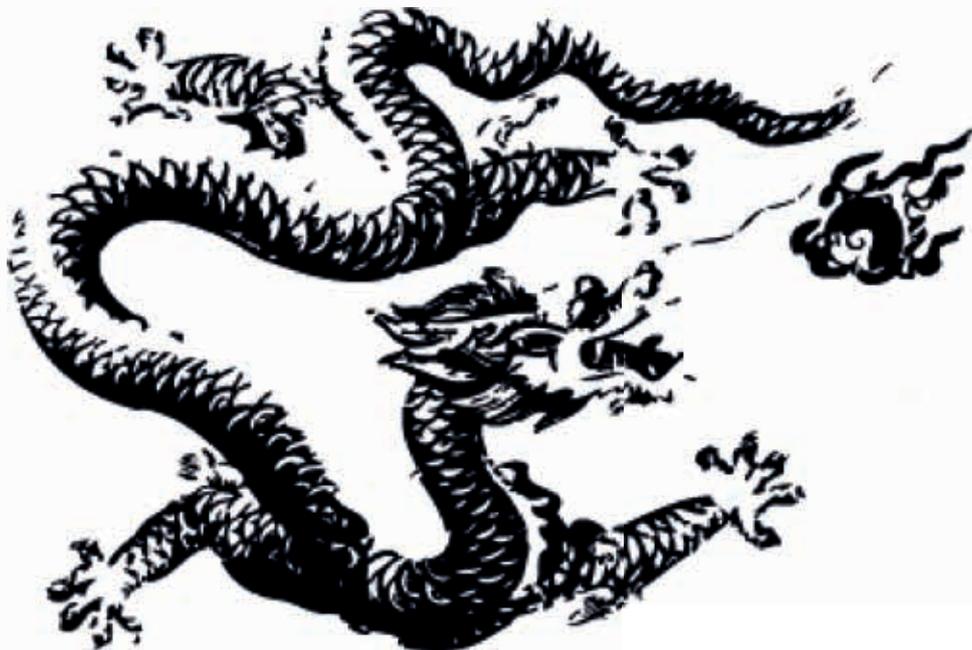
Nahuel Vizcarra

(Rosario, 2000). Futuro estudiante de Arquitectura. Desde mi niñez estuve muy ligado siempre al dibujo, ya que me gustó la libertad que te brinda un lápiz y un papel. No soy muy expresivo, por eso me gusta el dibujo, es más rápido y más verdadero. Ver p. 21



Pedro Castro

(Lima, 1991). Actual estudiante de ingeniería mecánica de la PUCP. Escritor e historietista amateur. En 2015 participó y obtuvo el segundo puesto en el concurso de historietas «Comics For The Classroom». Ver p. 40



Índice



Editorial.....	07
Canción inacabada.....	09
Enamorados.....	14
El culto cósmico.....	19
Historias de viejos.....	24
Cuando la noche busca.....	29
La amiga imaginaria.....	32
Un domingo cualquiera.....	37
Encuentro con el olvido.....	43
Muro de honor.....	54



Editorial



A partir de este número, hemos cambiado la manera como vamos a presentar cada nuevo número. De tal manera, la revista será inicialmente publicada en dos plataformas de pago: Amazon y Lektu, con la idea de incentivar el apoyo económico a nuestro proyecto. Tal como hemos explicado en una nota en nuestra *fanpage*, que sea gratuito no significa que no tenga un costo. Sucede que el costo lo hemos estado asumiendo nosotros, pero esto hace que la revista no sea sostenible con el tiempo. Requerimos de tu ayuda y tu compromiso para subsistir, y no pedimos mucho. En Lektu se puede descargar cada número desde 1 euro y en Amazon la versión kindle de la revista cuesta poco menos de 3 dólares.

No estamos dejando de lado la gratuidad. No se preocupen. Nosotros también hemos sido jóvenes, con mucho entusiasmo y pocos recursos. Para aquellos que todavía no puedan apoyarnos económicamente, la revista será subida a las plataformas gratuitas que ya conocen: la biblioteca digital ACUEDI e ISSUU. Solo tendrán que esperar quince días después de publicada las versiones de pago.

Una manera también de apoyarnos es haciéndonos llegar sus comentarios. Nos alegra mucho recibir sus correos, en donde nos comentan lo que les gusta de la revista o las críticas constructivas. Nuestros autores también adoran recibir mensajes sobre sus cuentos. No se olviden tampoco de esto.

Al inicio de la revista, tenemos un cuento de misterio fantástico, en donde **Federico Garrido** nos transporta a los lindes de lo sobrenatural. Le sigue la inusual historia de amor de **Álvaro Casalino**, en donde nos daremos cuenta de sus límites, que pueden ser, en ocasiones, inimaginables. **Javier Velásquez** nos transporta a la vida de un joven universitario que está dispuesto a descubrir la verdad detrás de los misterios que asolan a su claustro. A su vez, **Patricia Olivera** nos relata la historia de un barrio inusual, así como de los extraños personajes que lo componen, que parecieran abordar la vida a punta de mordiscos. También continuamos con la saga del Oscuro, en donde **Julio Cevalco** nos vuelve a presentar a Oscuro y su extraña fascinación por la muerte. Por su parte, **Agustín Espinosa** desarrolla una macabra historia, donde un ser pareciera controlar los designios de una pequeña niña. **Jesús Manrique** nos presenta una reunión familiar cualquiera o eso es lo que quieren que pensemos. Finalmente, **Vicente Wolf** describe los esfuerzos inusitados de un viejo defensor de los recuerdos por mantener viva la historia de parte de la humanidad.

Carpe diem.

Héctor Huerto Vizcarra
Director



La
Biblioteca Digital
ACUEDI
cumple

2 años

y necesita
tu ayuda económica.
Colabora con nosotros
para que este proyecto continúe.
La difusión gratuita de más de
8,000
textos
necesita de tu apoyo activo.

Cuenta soles
BBVA Continental

0186-0100038954-42 (Perú)



Consultas a: info@acuedi.org

Móvil: (51) 997656330

Email: luis.morocho@camaleonazul.pe

www.camaleonazul.pe

 /estudiocamaleonazul

Camaleón

Story board, caricaturas,
comics, ilustraciones,
talleres de dibujo y
pintura,
arte concetual.

Azul



Canción inacabada

Por: Federico Garrido





El viejo Díaz se había pasado toda la velada en silencio, fumando con su pipa de madera tallada a mano y, cuando se callaron todos los que estaban sentados frente al fuego de la chimenea, carraspeó para aclararse la voz y atrajo las miradas de los demás. Miró uno por uno a los presentes, exhaló una larga voluta de humo y se rascó la encanecida barba antes de empezar a hablar, de forma pausada y grave.

—Os contaré una historia. Hace ya muchos años, antes de llegar a este pueblo, trabajé como leñador en uno de los bosques que crecen al norte de Navarra, en las estribaciones meridionales de los Pirineos, en un paraje no muy lejano de Roncesvalles. Había un pequeño pueblo al pie de una colina, y un par de años atrás se instaló una empresa maderera que surtía de materia prima a una parte de esa región. Era una época difícil para mí, pues había abandonado mi tierra natal y vagaba por el país en busca de una ocupación que me satisficiera. Una noche, en una posada de Estella, escuché hablar de la fábrica y supe que buscaban jóvenes en buena forma física para trabajar en los bosques. Entonces vi allí mi oportunidad, lo que había estado buscando desde hacía tiempo. Un trabajo al aire libre, entre personas a las que no conocía, lejos de la ciudad y de los lugares que odiaba.

»Me presenté a los dos o tres días en Aránzazu —pues ese era el nombre de la población— y solicité trabajo en la fábrica. Me aceptaron al momento, después de rellenar un formulario con mis datos personales, y al día siguiente me dirigí al bosque cercano junto a una cuadrilla de veinte hombres, todos jóvenes y fuertes como yo, la mayoría navarros y vascos, pero también había un par de manchegos, extremeños y andaluces. Antes de partir me dijeron que, como era mi primer día, un capataz apellidado Garmendia se encargaría de ayudarme en lo que necesitara y supervisar mi trabajo.

»No me fue difícil adaptarme al duro trabajo en los bosques de hayas y robles. Yo era joven por entonces; había navegado en un pesquero por el Cantábrico, había trabajado en la construcción de una carretera a través de Sierra Morena y después estuve en una plantación de tabaco de Cuba. Estaba habituado a realizar tareas que suponían un considerable desgaste físico, y mis músculos se habían fortalecido con el paso de los años. De esta manera, trabajé durante casi un año cortando troncos y acarreándolos de un lado para otro.

»Un día conocí a una persona singular. Era un nuevo leñador, que se incorporó cuatro o cinco meses después de mi llegada. Era de baja estatura, aunque de hombros anchos y brazos musculosos, y siempre caminaba cabizbajo y silencioso, con una expresión de incierto temor en el rostro. La primera vez que vi sus ojos, me pareció advertir un brillo extraño en ellos, una huella que atribuí a su carácter receloso y huraño. Desde que llegó, no lo vi intercambiar más de dos o tres palabras con sus compañeros y aún en esas ocasiones, su voz parecía forzada, como si le costara sobremanera hablar con un semejante.

»Pronto me interesé por la actitud de aquel obrero e indagué acerca de él entre sus compañeros de cuadrilla. Unos me confesaron que jamás habían llegado a conversar con él, e ignoraban incluso su nombre. Un par de ellos me dijeron que era parco en palabras, poco sociable y discreto, pero muy trabajador. Otro me contó que a la hora del almuerzo se retiraba a un rincón del bosque, y evitaba sentarse cerca del resto de leñadores. Le pareció que les miraba como a unos apestados. Por último, uno había logrado hablar un par de veces con él, no obstante, de un modo apresurado y con evasivas. Y sí, le había confesado su nombre, aunque jamás llegué a saber si era el suyo propio o uno falso. Se llamaba Adán Esquivel.

»Al poco tiempo, tuve la suerte de ser asignado a su cuadrilla, y una mañana nos enviaron a una zona en la que todavía no habían entrado las máquinas. Se trataba de una hondonada por la que corría un riacho, y en la que crecían densos bosques de hayas, robles y arces, y entre estos, agrupaciones de alisos y olmos. El gobierno había asignado solo una tercera parte de la zona señalada a la empresa maderera y teníamos estrictas órdenes de no traspasar los límites. En los siguientes días, trabajando en aquella comarca a varios kilóme-

tros de Aránzazu, tuve ocasión de conocer a Esquivel y, a pesar de sus recelos iniciales, de su desconfiada actitud y sus hoscas maneras, acabé entablando conversación con él.

»Fue una tarde calurosa, a la hora del almuerzo. Él se disponía a retirarse para comer alejado del resto de leñadores, cuando yo me acerqué y le ofrecí la mitad de mi bocadillo. Me observó con detenimiento —fue la primera vez en que reparé en el peculiar destello de sus ojos—, y sorprendentemente, acabó por aceptarlo y sentarse junto a mí, aunque bastante separado de los demás compañeros.

»Comimos en silencio, hasta que advertí un curioso comportamiento en Esquivel. En lugar de mostrarse tranquilo y comer cómodamente como hacíamos todos, disfrutando de unos momentos de descanso, no hacía más que mirar a uno y otro lado, hacia los árboles y las altas ramas que pendían por encima de nuestras cabezas. Echaba rápidos vistazos, con gesto nervioso y, en ocasiones, se mostraba incluso temeroso. Se cuidaba mucho de no ser visto por mí, pero era casi imposible no percatarse de sus ademanes inquietos, de sus movimientos har- to extraños. Decidí plantearle una pregunta, aun a riesgo de que no quisiera volver a verme.

—¿Por qué aceptaste este trabajo?

»Esquivel me miró con una expresión entre irritada y aprensiva, y enseguida se encerró en un obstinado silencio. Acabé de comer y me puse en pie para marcharme, molesto por su actitud, cuando se irguió de un salto y puso una mano en mi hombro.

—He escuchado la canción —dijo, con voz queda y mirada febril, y me di cuenta de que aquel hombre padecía algún tipo de trastorno mental, ligero pero evidente—. La escuché nada más llegar y ahora no me la puedo quitar de la cabeza. Resuena en mis oídos, una y otra vez. No me deja dormir, ¿sabes? Me roba el sueño. La canción está en todas partes y sus voces... sus voces se me clavan como puñales. Tengo miedo. Tengo miedo de terminar la canción.

»Se dio media vuelta y se fue.

»Pasaron varios días. Había decidido no comentar con nadie, ni siquiera con el capataz Garmendia, las absurdas palabras de Esquivel. Lo tomé por un loco pero sabía también que un loco no trabajaría como lo hacía él, sin causar problemas, de manera eficiente y puntual. O tal vez su locura fuese más sutil. De cualquier manera, resolví vigilarle ahora que trabajábamos juntos y teníamos un mes entero por delante para despejar la zona del bosque que se nos había asignado. Trataría de espiar sus movimientos.

»Esquivel continuó trabajando como de costumbre, concentrado y sin entablar charla con los demás. Solo cuando descansábamos o regresábamos al pueblo en los vehículos, advertía las mismas furtivas miradas y la actitud temerosa que había visto aquella tarde, cuando me habló de forma tan enigmática. Parecía como si se sintiese vigilado, y no precisamente por mí, o creyera que unas sombras maléficas le acecharan por doquier, sombras que los demás no veíamos.

»Una noche, en Aránzazu, me lo encontré en mitad de la calle. Yo había estado bebiendo algunos vasos de vino junto a varios de mis compañeros, y tras despedirme de ellos, salí de la taberna para dirigirme a la pensión donde me alojaba. A unos pasos de la puerta del bar me topé de frente con Esquivel, aunque debido a la escasa iluminación de la calle y a que este llevaba la capucha del abrigo sobre la cabeza, al principio no le reconocí. Me detuve y vi que era él.

—Esquivel —le saludé—. ¿A dónde vas con tanta prisa?

—Tengo cosas que hacer —gruñó. Se hizo a un lado, corrió por la calle y desapareció entre las sombras.

»No le di mayor importancia a este incidente, a pesar de que desde esa noche la actitud de Esquivel se volvió más recelosa, si cabe. Si antes nos saludaba a todos al comenzar la jornada, aunque con las reservas propias de una persona como él, a partir de entonces nos retiró la palabra. Nos miraba de modo cauto, y se limitaba a mover la cabeza a guisa de saludo. Cuando llegaba la hora del almuerzo, corría a esconderse entre los árboles, sin miedo



a ser tachado de extravagante. Cierto es que antes hacía lo mismo, pero es que ahora cogía sus cosas en cuanto el capataz daba la orden de suspender el trabajo, tropezaba con nosotros en su precipitación, nos lanzaba miradas de franca hostilidad y se perdía en la espesura como una liebre que corriera a esconderse en su madriguera al sentir el peligro. De vuelta a casa, se sentaba lo más lejos posible de nosotros, y si no le quedaba más remedio, se encogía y escondía sus manos en los bolsillos de la chaqueta. En Aránzazu, durante los días de descanso nadie volvió a verle por las calles.

»Garmendia me llamó a su despacho un par de semanas después de mi encuentro nocturno con Esquivel. Como me consideraba la persona que había estrechado más lazos con él —si se le podía llamar así a cuatro o cinco ocasiones en que nos sentamos juntos a almorzar—, me comentó su súbito y visible cambio y su rendimiento cada vez más bajo. Me dijo que intentase hablar con él, ya que si no trabajaba como antes, sería despedido. Le prometí que haría lo que pudiera.

»Ese mismo día me encontré casi por casualidad con Esquivel, y cuando traté de hablar con él, me rehuyó. En esa ocasión, vi algo en él tan espantoso que luego habría de comprender en su total dimensión.

»Como iba diciendo, me tropecé con Esquivel, y en lugar de detenerse a hablar conmigo, corrió a escabullirse. Llevaba un martillo en la mano y, con las prisas, lo dejó caer ante mis pies, aunque no se detuvo a recogerlo. Su temor y su precipitada huida me llenaron de una rara inquietud, pero no fueron las causantes de mi desazón: fue lo que vi en sus manos. Estoy convencido de que era real lo que vi y, si al principio quise convencerme a mí mismo de que fui presa de una alucinación, o de un desconocido efecto óptico, ahora sé que mis ojos no me engañaron porque cuando Esquivel dejó caer el martillo con desacostumbrada torpeza, mi mirada reparó por azar en su mano derecha y, de una manera fugaz pero clara, vi que su piel se había tornado áspera y rugosa, llena de estrías y protuberancias, reseca y oscura como la corteza de un árbol.

»A nadie confíe lo que había visto, pues me habrían tachado de loco y fantasioso. Todavía asombrado por lo que había presenciado, al día siguiente traté de buscar a Esquivel

pero el propio Garmendia me dio la noticia: Adán Esquivel había desaparecido. Aquella mañana no había acudido a trabajar y enseguida intentaron ponerse en contacto con él. No fue posible: en la casa de huéspedes en la que residía dijeron que la noche anterior un asustado Esquivel había abonado el alquiler del último mes y se había marchado tan precipitadamente que dejó en su cuarto un par de libros y unas mudas de ropa. Se le buscó por los alrededores de Aránzazu, pero no se halló ni rastro de él. Nadie excepto el patrón de la casa de huéspedes lo había visto.

»Un par de días después, se me ocurrió pasarme por la habitación de Esquivel para recoger sus pertenencias. Como nadie las llegó a reclamar, me hice cargo de ellas, con la vana esperanza de que algún día su dueño regresaría y daría explicaciones de su huida y de su anormal comportamiento. Mientras volvía a mi pensión, me detuve junto a un par de lugareños que comentaban incrédulos un extraño suceso, frente a uno de los caminos que conducían al bosque. Uno de los vecinos, al que yo conocía, me explicó que tres días antes había pasado por allí, un paraje sin nada de particular y, que ahora, frente a nosotros, se alzaba un pequeño roble; era un ejemplar joven, a juzgar por su aspecto y su baja altura. Mas bien parecía un arbusto, al pie del camino.

—Le juro que este árbol no estaba aquí —insistía el campesino, de buena fe—. Es imposible pero usted lo está viendo. Es como si hubiera brotado de la noche a la mañana. Llevo toda la vida pasando por aquí y es la primera vez que lo veo. No me lo explico.

»Contemplé el árbol en silencio y, por una rara asociación de ideas, pensé en Esquivel.

»Esa noche, en la soledad de mi cuarto, eché una ojeada a los libros del desaparecido leñador. Uno de ellos, de tapas negras, llevaba por título «El mundo de los duendes» y todavía me estremezco al recordar el pasaje subrayado con un lápiz que memoricé desde entonces. No os pido que me creáis, pero escuchad al menos lo que decía ese párrafo, que me ha robado tantas horas de sueño desde aquellos días.

»De los duendes se dice que atraen a los incautos con una canción melodiosa y tan sugerente que, a pesar de estar inacabada, los que la escuchan no pueden quitársela de la cabeza. Vagan como dementes hasta que se atreven a acabar ellos mismos la canción, en el mismo lugar en el que la escucharon por vez primera y, al hacerlo, los duendes castigan su soberbia transformándolos en árboles para toda la eternidad.

LIMA SHOW

FOTO & VIDEO DE BODAS
HORA LOCA TEMÁTICA
DRONES BATUCADA
ROBOT LED

9869 - 89144
9916 - 02114

DISFRUTA TU EVENTO
NOSOTROS LO HACEMOS POR TI

[f](#) /LIMASHOWBTL

SPK/NEUSUD

Enamorados

Por: Álvaro Casalino





I

Los dos llevaban apenas un par de meses de haberse conocido, pero de todas maneras Joel tenía un buen presentimiento con respecto a esta nueva relación: Lucía no solamente era una joven bellísima, sino que además contaba con una personalidad encantadora, siendo tal la entusiasta vitalidad de su espíritu que incluso un joven tímido como Joel se sentía capaz de realizar cualquier cosa estando a su lado.

Seguramente fue por esa misma razón que, cuando ella le sugirió irse a acampar durante aquel fin de semana, Joel aceptó de inmediato con un entusiasmo bastante atípico en él. Ciertamente, Joel nunca antes se había ido de campamento en su vida, pero siempre hay una primera vez para todo. En especial cuando uno se enamora.

—Imagínatelo... —le había dicho Lucía, apoyando su cabeza sobre su hombro—. Tú y yo, solos bajo la luz de luna y las estrellas. ¿No te parece la cosa más romántica del mundo?

Como respuesta, Joel abrazó a Lucía y le susurró al oído las siguientes palabras:

—Cualquier lugar es romántico para mí, si tú estás conmigo.

Ella le sonrió con dulzura.

II

La pareja llegó al lugar donde planeaban acampar la tarde del sábado. El sitio había sido escogido por Lucía: un hermoso bosquecillo situado en las afueras de la ciudad.

—Parece sacado de un cuento de hadas, ¿no lo crees? —dijo risueña Lucía, mientras ella y Joel caminaban a través del bosque.

La caminata culminó con los dos jóvenes sentándose al pie de un frondoso árbol, desde donde ambos se dedicaron a escuchar los ruidos de la naturaleza circundante, acto que tranquilizó en gran medida sus espíritus. Por fin, al cabo de un buen rato, a Joel se le ocurrió formular la siguiente pregunta:

—¿Ya habías venido aquí antes, Lucía?

—¡Sí! Varias veces en realidad. Aunque la mayor parte del tiempo he venido sola.

—¿A tus amigos no les gusta acampar, acaso?

—La verdad es que yo no tengo muchos amigos, Joel —respondió Lucía, de forma un tanto melancólica—. La verdad es que mi círculo social siempre ha sido bastante reducido, si me entiendes.

—Sí... puedo entenderlo perfectamente. —le contestó Joel—. Yo tampoco soy precisamente el chico más sociable del mundo, pero de todas maneras yo me siento verdaderamente feliz de haber conocido a una chica tan maravillosa como tú, Lucía.

Joel quiso besarla entonces. Sin embargo, ella lo apartó gentilmente.

—Está empezando a hacer frío. Será mejor que empecemos a buscar algún sitio en donde armar nuestra tienda de campaña, antes de que oscurezca. A menos que quieras pasar la noche a la intemperie —señaló Lucía.

—Tienes razón —dijo Joel, un tanto confundido por el repentino rechazo de parte de Lucía.

Mientras buscaban el sitio donde iban a preparar su campamento, Joel tuvo la ligera impresión de estar siendo observado, mas en cuanto él volvió la mirada, no logró divisar nada que pudiese confirmar tales sospechas.

III

Esa noche hubo luna llena.

Los dos jóvenes campistas la observaron sentados junto a una fogata, y Lucía quedó extasiada en su contemplación por unos breves instantes, pero luego una extraña palidez



Relatos Increíbles agradece tu increíble apoyo

Para mantener este proyecto
puedes colaborar con nosotros,
comprando publicidad o con las
donaciones individuales.

Publicidad

Página completa..... 500 soles

Media página..... 300 soles

Banner..... 200 soles

Colaboración individual..... 50 soles

Nuestra cuenta es
BBVA Continental cuenta soles:
0186-0100038954-42

siniestra pareció adueñarse de su rostro, cambio que no pasó desapercibido para Joel, quien con voz preocupada preguntó:

—¿Está todo bien, Lucía?

—Estoy bien —replicó al instante la aludida. Sin embargo, había algo en ella, que dejaba entrever una gran impaciencia, una actitud que dejó perplejo a Joel.

—Bueno, está haciéndose tarde. Deberíamos dormirnos ya...

—Tú duérmete, si quieres. Yo me quedaré aquí, un rato más.

Lucía se oía molesta. Era la primera vez en todo el tiempo que la conocía, que Joel le escuchaba hablar de ese modo. Aun así, él no dijo nada, sino que simplemente se retiró al interior de la tienda y desenrolló allí la bolsa de dormir que traía guardada en su mochila.

—Buenas noches, Lucía —murmuró Joel, antes de quedarse profundamente dormido.

IV

Cerca de la medianoche, el sueño de Joel fue abruptamente interrumpido por unos horribles gritos lejanos:

—¡Joel! ¡JOEL!

Se trataba de Lucía, de eso no había duda alguna. De inmediato, el joven se apresuró en salir de la tienda y corrió desesperadamente a través del bosque en dirección hacia el lugar desde dónde parecían originarse los gritos, los cuales cesaron repentinamente en cuanto Joel llegó hasta un pequeño claro iluminado por la luna llena. Allí, una monstruosa y gigantesca figura de aspecto bestial fue alzándose en medio de las sombras, ante los aterrorizados ojos del muchacho.

—Dios mío... —fue lo único que Joel alcanzó a decir antes de que aquella criatura se abalanzase sobre él, para luego destrozarlo entre sus garras con la misma violencia inmisericorde de un depredador para con su víctima.

Los últimos pensamientos de Joel fueron dedicados a Lucía. Aún en medio de aquellas circunstancias tan terribles, él

todavía pensaba en salvarla. Y su más profundo arrepentimiento durante su agonía fue el no haber podido hacer nada para protegerla de ese monstruo.

«Perdóname, Lucía...»

V

La noche estaba llegando a su fin, mientras la luna llena se esfumaba entre las primeras luces de la madrugada, momento en el cual el monstruo, que seguía asestándole dentelladas a los restos destrozados de Joel, experimentó una inesperada transformación, convirtiéndose así en un hombre joven, casi de la misma edad que su víctima.

—Ya era hora —dijo Lucía al salir desde el interior del árbol hueco en donde había permanecido escondida hasta esos instantes—. Buenos días, Benjamín. ¿Ya quedaste satisfecho?

El aludido se limpió la sangre del rostro con el dorso de la mano, pero se mantuvo en silencio, mientras le sostenía la mirada a Lucía de forma un tanto amenazante.

—Bueno, bueno... ¿se puede saber por qué me miras así? ¿Acaso estás molesto conmigo?

—No... no lo estoy. Aunque tampoco podría decir que apruebo del todo la realización de este pequeño «sacrificio».

—No seas ridículo, Benjamín —fue la inmediata contestación de Lucía, quien se acercó sin temor al hombrebestia y le abrazó de la misma manera afectuosa en la que habría abrazado a Joel durante los últimos días—. Tú sabes que lo que hice fue por ti. Por nosotros...

Benjamín le dirigió una breve mirada de desprecio al despedazado Joel. Por extraño que pareciese, él todavía era capaz de sentir cierta animosidad por ese montón de carne irreconocible.

—Dime, Lucía... tú... ¿llegaste a sentir algo por ese sujeto?

—¿Pero qué tonterías dices! Él nunca significó nada para mí, en ningún momento.

—No sé si pueda creerte. No después de haberlos visto juntos.

—Pues te diré que, cada vez que yo tenía que abrazar y besar al hombre que mataste, siempre pensaba en ti. Era la única manera en la que podía hacerlo.

Y tras estas palabras, Lucía besó en la boca a Benjamín, quien entonces recordó la noche distante en la cual Lucía, aún después de conocer el secreto de su licantropía, había prometido amarle por siempre.

—No creas que fue agradable para mí tener que fingir ser la novia de otro, pero era necesario. Tú necesitabas una presa que saciara a la bestia que llevas dentro de ti.

—Aún pienso que yo pude haber realizado esta cacería por mi cuenta, sin necesidad de tu ayuda.

—No, Benjamín, no. Tú eres muy imprudente, descuidado, y lo sabes bien. No sabes escoger a tus víctimas. Podrías haber matado a la persona equivocada, despertado sospechas y después... después te habrían cazado como si fueras un simple animal. Si eso llegase a pasar, yo nunca me lo habría perdonado.

—¿Me dices que nadie sospechará de la muerte de este sujeto?

—Claro que no —contestó fríamente Lucía—. Este es un tipo al que nadie echará de menos por un largo tiempo. Joel era un chico que pasaba desapercibido, sin muchos amigos ni conocidos. Tampoco tenía algún pariente cercano que pudiese notar de inmediato su ausencia.

—¿Estás completamente segura de ello?

—¿Pienzas que no aprendí absolutamente nada luego de haber vivido con él estos últimos dos meses?

—Pero, ¿qué me dices de ti? ¿No extrañarás ni siquiera un poquito a tu «novio» Joel? Como única respuesta, Lucía se limitó a soltar una risita divertida.

VI

—¿Crees que hicimos bien al dejar abandonados los restos de ese tipo? ¿Qué tal si alguien los encuentra?

—Te preocupas demasiado, Benjamín. ¿Por qué crees que escogí este lugar para la realización de tu cacería? Este no es precisamente el punto de encuentro más frecuentado por los turistas. Aunque eso sí, tendremos que borrar cualquier otra evidencia de que nosotros estuvimos aquí, y ya que estamos en eso...

Lucía extrajo entonces de los bolsillos de la mochila de Joel la billetera del joven asesinado.

—¡Mira nada más! Con este dinero podremos comprarnos muchas cosas lindas, creo que incluso podríamos tomarnos unas vacaciones, lejos de la ciudad. Justamente, ahora estaba pensando que me gustaría pasar unos días en la playa.

Mientras la escuchaba, Benjamín meditó sobre quien era el verdadero monstruo en esa relación. Quizá por eso, los dos estaban hechos el uno para el otro.

—Imagínatelo —dijo Lucía al volverse de pronto hacia su amante bestial—. Tú y yo tomados de la mano frente al mar, contemplando el atardecer. ¿No te parece la cosa más romántica del mundo?

—Sí...—respondió Benjamín mientras abrazaba por la cintura a Lucía, para luego besarla. Y a su vez, ella le devolvió apasionadamente el beso. Los dos están enamorados, enamoradísimos



El culto cósmico

Por: Javier Velásquez





Testimonio #1776

Las actividades académicas en mi paso por la Universidad de Noroccidente, en el departamento de Humanidades, en la carrera de Historia, generalmente fueron tranquilas. En ocasiones, las calurosas tardes se tornaban tediosas ya que gran parte de las lecturas propuestas en los cursos eran producto de irresponsable búsqueda bibliográfica. Por esto, cuestionaba constantemente la falta de rigor de los textos que debíamos leer, dado que estos carecían de seriedad por el sentimentalismo o los sesgos ideológicos que los contaminaban. Este desagrado me convertía en un elemento no deseado en la clase, por lo que faltaba o me salía de las cátedras para ojear en la biblioteca, pasando horas allí en busca de mejores textos sobre los temas de mi carrera y curiosear sobre otros.

En mis constantes visitas a la fresca y pequeña biblioteca que ofrecía la institución, la cual era el mejor refugio contra el calor tropical vespertino, me topaba tanto con esclarecedoras informaciones como con temas complejos para mi vulgar formación, pero la frecuencia con que la visitaba, alimentaba bastante mi interés aunque no parecía aliviar mi ignorancia y, por ello, muchas veces abandonaba el lugar casi errático despreciando mi inferioridad intelectual.

El año anterior antes de finalizar la carrera, a mediados de octubre, cierto jueves durante un refrigerio en la mañana, otro estudiante, cuyo nombre me avergüenzo de no recordar, con el que veía la optativa «Cartografía», se me acercó para preguntarme sobre mi reiterada ausencia. Sin muchos rodeos contesté amablemente que me encontraba en un proyecto personal, nada de qué preocuparse, porque a pesar de la inasistencia presentaba puntual los trabajos dejados por los docentes. De camino a casa, la curiosidad de mi colega me hizo reexaminar mi comportamiento, lo que generó una serie de cuestionamientos existenciales, para concluir simplemente que mi existencia no tenía sentido, y leer era posiblemente la mejor forma de buscarlo.

El lunes de la siguiente semana, debatiéndome por entrar a una de las clases que tanto odiaba, el único amigo que tenía para aquellas épocas, Diego Quijano, me envió un mensaje al móvil invitándome a ver las estrellas en la noche, pues el clima se anunciaba como adecuado para esto. Al leerlo recordé la frecuencia con que observaba anteriormente el añil cielo del inminente anochecer, pero lo había abandonado por mis estudios. Decidí aceptar la invitación y, con muchos ánimos, entregué un mediocre escrito exigido por el docente de Historia Regional, para irme a un pequeño claro que había dentro del frondoso campus universitario, el cual solíamos usar como observatorio astronómico improvisado, muy adecuado ya que allí se encontraban vestigios de antiguas aulas.

Me alegró mucho volver a ver a mi amigo. Me explicó su distanciamiento; su tesis para egresar de la facultad de Ciencias Planetarias lo había tenido ocupado, pero estaba dándose descanso y quería retomar aquella vieja costumbre, así que llevó su austero telescopio y nos pusimos a observar la bóveda celeste. El último tono de azul, que muere en el horizonte con la llegada de la oscuridad, es lo más hermoso que el ojo humano puede divisar y los primeros astros que aparecen generan una sensación atemporal al divisarlos. Diego, muy amable, me permitió distraerme con el telescopio, cual niño profano. A las 18:30 mientras curioseaba los últimos destellos del día resistiendo el anochecer al oeste, observé lo que parecía ser un objeto etéreo, emitiendo un rastro de opaca luminosidad, casi imperceptible, de tonalidad púrpura, atravesando el cielo a una velocidad increíble. Sucedió todo tan rápido que cuando le comenté a mi amigo para que mirara, ya había desaparecido y dio una serie de explicaciones posibles, con resignación, al haberse perdido el avistamiento.

Viendo la hora, mi amigo decidió invitarme unos tragos, fue a hacer unas llamadas y luego bebimos en un bar cercano. Hablamos como nunca de todo lo sucedido y por suceder, al final volvimos a tocar lo visto en el telescopio, por lo que resultó hablando de platillos voladores, sociedades misteriosas en la universidad y leyendas similares, inverosímiles desde

mi perspectiva. De todas formas, el efecto del trago hizo difusa mi memoria, por lo que no recuerdo mucho de la conversación.

A la medianoche nos despedimos, él viajó para volver a sus asuntos y yo caminé a casa algo alcoholizado. Recuerdo con esfuerzo llegar a la cama y caer.

La siguiente semana volví a refugiarme en la biblioteca, anhelando que el tedioso año académico que restaba finalizara rápidamente. Mientras buscaba novedades entre las distintas secciones, me encontré un ejemplar de «Anatomía de la melancolía» de Robert Burton. Abrí al azar el desgastado texto y un trozo de papel cayó al suelo, y pensé que se trataba de formalidades de la biblioteca. Le eché un vistazo y decía: «*Atraviesa el tejido de la oscura eternidad... pp. 3-4 Lat. ed. Al Azif*». Un extraño símbolo estaba garabateado junto con el mensaje. Lo relacioné directamente con los rumores que habíamos escuchado en mis épocas escolares, junto con David, sobre simbología mística presente en esta universidad. Aunque jamás creí mucho sobre esas historias, quería saber si se trataba de una floja broma.

Pregunté por el símbolo, sin mostrar el texto, al encargado de la biblioteca pero no obtuve respuesta, solo que era usual y molesto que los muchachos dejaran notas a amigos y parejas entre los libros. Entonces, pensé en el viejo conserje Gerardo, con treinta años en la institución algo debía saber si el símbolo tenía que ver con las historias de sociedades misteriosas en nuestra alma mater, así que lo busqué por todo el campus hasta encontrarlo durmiendo en el cuarto de limpieza de las oficinas administrativas. Con un café hice que soltara la sopa, le pregunté por la existencia extraños símbolos en la universidad. Entre leyendas inverosímiles me indicó de manera somnolienta que desde hace tiempo se rumorea en los pasillos que hay garabatos de estos en el antiquísimo y abandonado bloque C.

Le agradecí y partí rápidamente empujado por una curiosidad mezclada con extrañeza, pero resuelto a buscar la verdad sobre aquello. Me costó llegar a este bloque, el cual estaba



al interior de la zona más tupida del campus, debido a la oscuridad del temprano anochecer. Encontrado el derruido edificio académico, vi el muro donde se encontraba la corroída letra C. Me interné con una pequeña linterna en el edificio buscando en vano en paredes y puertas, mientras ojeaba en los cajones de un viejo escritorio, subí por curiosidad al segundo piso, la oscuridad y el abandono del lugar no me afectaba en nada, estaba centrado en mi objetivo. Me detuve a pensar en la misma letra que nombraba el bloque, tal vez actuaba como símbolo, por lo que bajé y me serví de un viejo escritorio de madera que estaba a las afueras de las aulas, lo arrastré hasta el muro donde se encontraba, subí y con un salto alcancé la placa metálica con la letra, luego de examinarla con mi linterna, en la parte posterior de esta encontré marcado el mismo símbolo que estaba garabateado en la nota de la biblioteca. Esto desató un creciente desasosiego en mí.

Luchando contra el sudor que caía en mis ojos, dibujé lo mejor posible el símbolo en mi libreta bajo la luz de la linterna. Dejé la placa sobre la mesa y partí a casa con una creciente incertidumbre. Solo el agotamiento me permitió consolar el sueño. A las 3:00 a.m desperté, lo que había descubierto daba vueltas en mi cabeza, la intolerable incertidumbre me hizo buscar en internet información relacionada con el símbolo y la cita escrita en el trozo de papel pero no encontré nada relacionado con el tema. Al querer enviar un correo con mis dudas sobre las leyendas universitarias sobre el símbolo a un egresado conocido de la facultad de historia, vi un mensaje nuevo de un remitente extraño qaothprotocol@webmail.qtt, enviado a las 20:02 de la noche anterior, con la misma cita del trozo de papel y mencionaba el bloque C, una hora y una fecha que resultaba ser ese mismo día pero en la tarde.

Me pasé la mañana pensando en el mensaje, en el símbolo, en las leyendas, sin entender cómo habían dado con mi correo, ni de quién se trataba o qué querían de mí. Llegada la tarde, apelé a la razón, hice a un lado mis ridículas conjeturas y me alisté para resolver mis dudas e ir a averiguar si no era más que una broma de alguien que necesitaba atención o una variedad de casualidades que estaba malinterpretando.

Partí al campus universitario, al llegar al olvidado bloque C invadido por árboles y malezas, que ahora los últimos destellos vespertinos permitían apreciar que lo único humano en el lugar eran sonidos del tráfico, vi sentado allí a un hombre en el viejo escritorio que había usado como plataforma la noche anterior. Estaba examinando la placa con la letra C. Disminuí la cadencia de mis pasos al acercarme, el hombre volteó y sonriente me saludó a lo lejos. Se me hizo conocido y así lo confirmé cuando me acerqué, pues se presentó como Esteban García, docente de Planetología de la facultad de Ciencias Planetarias. Un profesor que había dado clases a mi amigo Diego y de buenas referencias académicas. Me comentó que no debía preocuparme y que se alegraba de ver que el destino me había llevado hasta ese encuentro. Me contó que pertenecía a la discreta orden Qaoth y el símbolo les representaba, era una organización nacida en la universidad hace diez años, cuando sus fundadores entraron en contacto con Qaoth; una entidad cósmica orgánica que orbita la exósfera, la cual solo se comunica y puede ser vista por los elegidos que están dispuestos a un cambio de conciencia, evento que solo ocurre a determinadas horas y coordenadas. Por lo que no era casualidad ni algún tipo de broma, yo era uno de ellos, un elegido por esta entidad, quien había creado las condiciones en mi mente para que pudiese divisar «la señal» y conociera la orden en un momento tan importante para ellos, como lo era el inicio de un protocolo que buscaba un cambio a nivel planetario basado en las directrices de Qaoth, evento el que estaba destinado a participar, por eso su interés y mensaje enviado a mi email.

Debo admitir que no creí nada de esto al principio, aunque su seriedad y calma abrumaban. Pensé que el tipo estaba loco o estaba bromeando, así se lo hice saber y salí de ahí precipitado por la indignación. Al darle la espalda, Esteban aseveró que me daría tiempo para recapacitar, ya que era habitual esa reacción en los iniciados en la orden. Intenté ignorarlo y partí iracundo a casa con sus palabras rondando mi cabeza.

Con el paso del tiempo y las actividades académicas finalizadas, mis nervios estaban más calmados por las buenas calificaciones y había hecho a un lado lo sucedido. No volví a la biblioteca, cierta vez intenté sacarle información a David sobre la orden, pero resultó que mi amigo no era más que un aficionado a bulos conspirativos cibernéticos, siendo muestra de no saber nada serio del asunto.

Mi mente permaneció despejada hasta que cierto día, para la segunda semana de las vacaciones, un mensaje llegó a mi email en la mañana. Era del docente Esteban, el cual contenía un archivo llamado AlAzif_Lated.exe. Lo abrí decidido con una gran actitud escéptica y me percaté que el archivo se iniciaba con el texto citado en el pedazo de papel que había hallado en la biblioteca, tenía anotaciones de un tal William H. Sheperd con explicaciones sobre su censura a través de la historia del libro «Al Azif». Además, había un mensaje de la orden que hablaba de la importancia de este texto, igualmente me recomendaban como iniciado leerlo con calma pero completamente. Hice una pausa por un creciente enojo ya que consideraba esto un tipo de acoso por parte de charlatanes. Me propuse leer el texto para poder así refutarlo, encontrando fallos e incoherencias para así destruir todo el absurdo misticismo con el que me estaban fastidiando, todo plasmado en un correo que enviaría a ese señor Esteban.

Hasta este momento de mi experiencia debo aclarar, a quien encuentre esto, que la actitud tomada hacia la orden fue un acto de execrable necedad, desagrado y irrespeto con el comprensivo trato que me dio Esteban y la orden. También debo decir que, es aquí donde termina mi vergonzosa actitud frente a un increíble descubrimiento que experimenté con la lectura del increíble texto, con la guía de este y la orden pude divisar los errores que cometí, iluminé mi camino y logré aceptar el destino que me llevaba a comunicarme con la conciencia extraplanetaria. Ahora no pienso escatimar esfuerzos por hacer parte del cambio de mano de la orden. Soy partícipe del protocolo y con emoción puedo decir que he de abandonar esta inútil carne mundana para unir mi psique a Qaoth, como muchos han hecho mediante una arcaica iniciación que la estigmatización por parte de la moral cristiana ha hecho poco conocida para el profano moderno. Todo sea con el noble objetivo de abrazar una nueva oportunidad de vivir, que Qaoth nos ha destinado y el mundo merece en tiempos de oscura decadencia.

Tú, que ahora lees esto en este viejo libro de nuestra biblioteca, estás cordialmente invitado. Muchos esperamos ansiosos tu aporte al inevitable protocolo que ya ha iniciado. Esto nos beneficiará a todos cuando conectemos nuestras conciencias con el gran nodo metacósmico que Qaoth ha dispuesto para todos aquellos que quieran aceptar su guía, en el camino hacia el cambio extraplanetario.

Acércate, ya no hay razón para temer al vacío.



Historias de viejos

Por: Patricia Olivera





Andrés caminaba presuroso por un callejón oscuro de ese barrio desconocido. El eco de sus pasos sobre la calle húmeda resonaba en el aire. Cada tanto miraba para atrás con insistencia. Estaba a punto de empezar a correr cuando al doblar la esquina vio aquél bar, suspiró, era una suerte encontrar algo abierto a esa hora de la noche. Antes de entrar, procuró mostrarse sereno e indiferente, no sin antes mirar tras de sí una vez más. En el interior del local sonaba un blues de los sesenta y se oía apenas alguna que otra conversación entre las pocas personas que había. Una vez dentro, saludó tocándose el ala del sombrero —se lo había comprado a un vaquero y ya era parte de él— y se sentó en un taburete alto, frente a la barra. No había notado hasta ese instante el sudor que mojaba su frente, así que se quitó el sombrero y, con disimulo, se pasó un pañuelo por la cara.

—¿Qué le sirvo? —le preguntó el anciano que atendía la barra.

—Una caña, por favor —respondió.

Mientras esperaba su bebida, se entretuvo mirando hacía la calle poco transitada — los grandes ventanales se lo permitían— y prestó atención a la conversación que el hombre mantenía con unos clientes.

—¿Y se sabe quién lo hizo? —preguntó la mujer pelirroja, con pinta de prostituta, sin dejar de saborear su martini.

—La gente común nunca lo averigua. La policía está resignada —dijo el viejo con suavidad, sin mirarla, concentrado en lo que hacía. Parecía saber más de lo que decía—. Hace años se vienen sucediendo esas muertes extrañas. Siempre el mismo día del mes, a la misma hora y en el mismo lugar. —Lanzó una risita ronca, propia de viejos fumadores, sin desatender lo que hacía—. Desprecian las historias que se cuentan de este barrio. La policía hace caso omiso a las evidencias que tienen frente a sus estúpidos ojos.

—¿Y cuáles son ésas historias que dices que no tienen en cuenta, según tú?—preguntó con burla el hombre que estaba junto a la mujer. Un hombre con pinta de tahúr que ha tenido una buena noche y busca recompensarse con un aperitivo y algo de compañía.

El viejo le clavó los ojos negros y fríos con una expresión feroz en el rostro, pero se fue relajando poco a poco. Andrés se percató de ésa extraña actitud y un escalofrío le corrió por la espalda. Con disimulo miró hacia la calle y le pareció ver la sombra de un perro gigantesco en la pared de enfrente. Contuvo la respiración y cerró los ojos con fuerza, cuando los volvió a abrir no había nada allí por lo qué preocuparse. Suspiró por lo bajo y se secó las gotas de sudor que otra vez se le habían formado en la frente. Pensó que estaba sugestionado por el miedo y eso le hacía ver cualquier cosa. Se acercó el vaso a los labios y se concentró en lo que hablaban los otros.

—Ríete, como hacen ellos. Ya verás que después de que te cuente lo que verdaderamente sucede en ese lugar, la risa se te va a congelar en la cara —dijo con burla y, luego de servir lo que le habían pedido, continuó—. Todo comenzó hace muchos años, tantos que ni siquiera mi abuelo había nacido, cuando este barrio aún no era lo que es y las pocas casas, ubicadas muy lejos unas de otras, eran grandes edificaciones tenebrosas y oscuras. En una de esas horribles casonas, ubicada al final del sendero, se instaló una viuda portuguesa con sus dos hijas adolescentes. Al principio, intentaron darle un estilo alegre al lugar: pintaron la fachada de vivos colores, plantaron flores y árboles de todas las especies y colores, y hasta proyectaron tener su propia huerta. Sin embargo, el trato que recibieron por parte de los pocos vecinos que pasaron por allí el día que llegaron —no respondieron a sus saludos y se limitaron a observarlas con rostros sombríos y amenazantes— fue sólo el prelude de lo que les esperaba en su primer noche en la tétrica casona; mientras la tarde caía ese primer día de primavera, y teñía el cielo de tonos rojizos, se oía el murmullo del viento entre las copas de los árboles y el canto persistente de los grillos y las ranas que se escondían en los charcos ocultos por la espesa vegetación.

»Esa primera noche, luego de cenar algo liviano, cuando las tres mujeres se encontraban cada una en sus aposentos concentradas en la tarea de arreglar sus enseres, el retumbe de tambores comenzó a sonar cerca de allí. Como era obvio se sobresaltaron, pero ninguna se animó a salir de su habitación, por el contrario: se encerraron a cal y canto. Más tarde, cuando comenzaron los gritos y los aullidos, solo les quedó esconderse bajo las mantas y tiritar de miedo hasta que el sueño las venció.

Al otro día, las despertó el trinar de los pájaros y el resplandor del sol que se escurría por las rendijas de las celosías. Cuando se encontraron para desayunar, intercambiaron impresiones sobre lo sucedido esa noche. Se pusieron de acuerdo en que intentarían adaptarse, se convencieron de que no era asunto de ellas lo que sucediera allí y esperaban que ninguno de los vecinos fuera una amenaza para sus vidas. Luego del desayuno continuaron acondicionando la casa y embelleciendo el gran jardín.

Cerca del mediodía, se presentó un joven, contaría con unos veinticinco años, para ofrecerse como ayudante. Tenía aspecto de indio e iba vestido muy humildemente, tenía el torso al aire, lo que permitía ver su oscura piel curtida salpicada de cicatrices, y sus remarcados músculos; usaba un pantalón corto, deshilachado y algo roto. Sus ojos oscuros iban de una mujer a la otra, mientras ofrecía sus servicios, provocando casi idénticos sentimientos en las tres. Si bien su mirada aparentaba ser fría e indiferente era, al mismo tiempo, seductora e irresistible. Las tres mujeres lo conversaron a solas, mientras él las observaba de lejos con una expresión salvaje y lasciva en el rostro. Decidieron contratarlo, les ayudaría con el quehacer de la casa durante el día, además serviría como vínculo con los vecinos que las miraban con recelo.

El viejo carraspeo y calló unos instantes, mientras ponía otra ficha a la máquina de discos para elegir esta vez un bolero demasiado empalagoso. Todos habían quedado en silencio, con los ojos fijos en sus movimientos, ansiosos por seguir escuchando la historia.

—¿Y? ¿Qué pasó? —al fin preguntó la mujer.

Él la miró con ojos brillosos y una sonrisa siniestra en la boca, desprovista de gran parte de las piezas dentarias.

—Si piensan que las cosas mejoraron están equivocados —dijo, apoyando los codos sobre el mostrador y mirándolos de hito en hito.

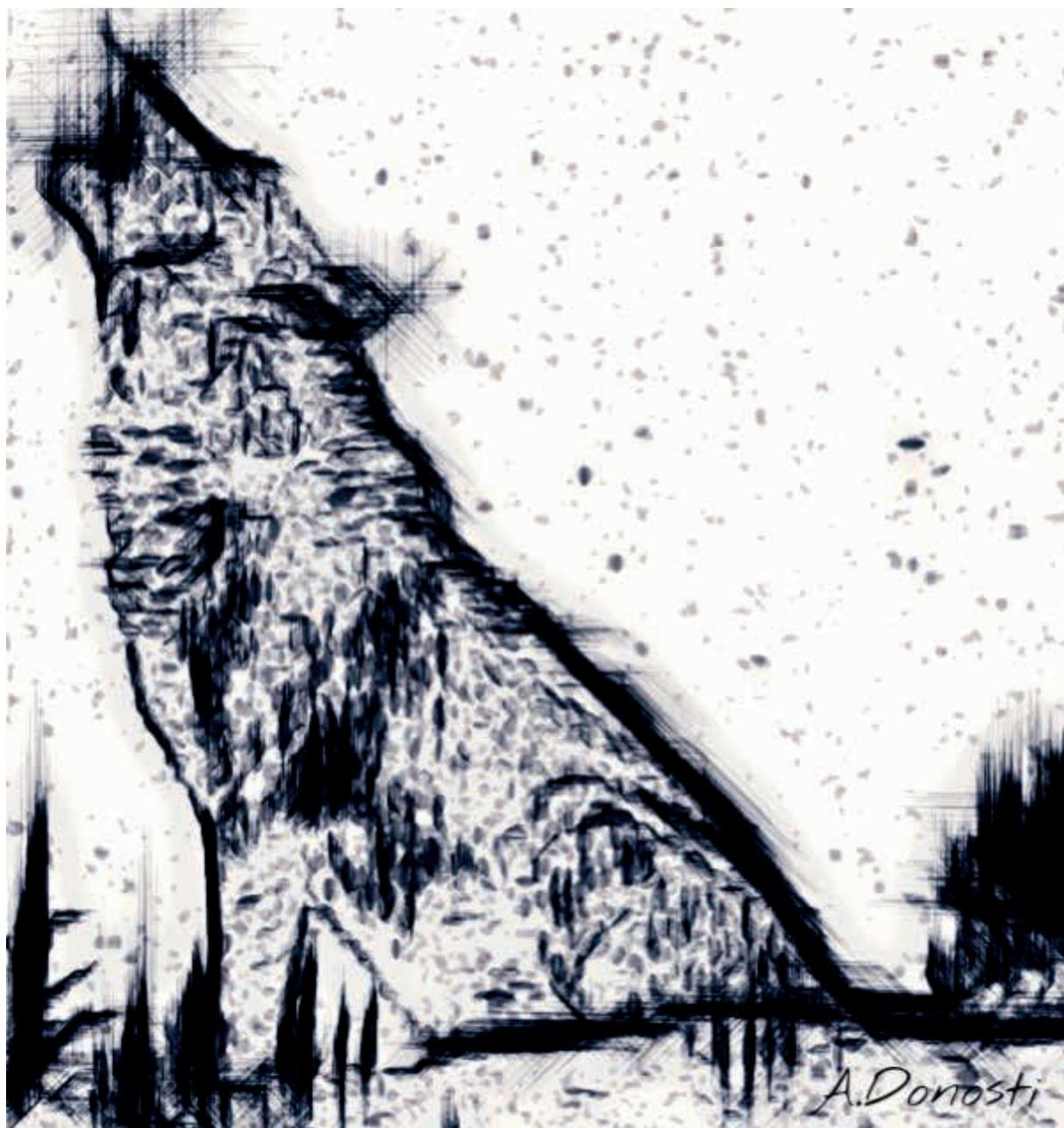
Se miraron entre sí con expectación y con una extraña sensación de miedo que los estremeció de los pies a la cabeza muy a su pesar. A Andrés ya le dolían las quijadas debido a la tensión e intentaba en vano retener el terror y la angustia, pero estos se deshacían entre sus puños apretados al igual que la historia que se iba desgajado en la boca del viejo.

—Pasó el tiempo y el caserío de las portuguesas nunca llegó a ser lo que sus inquietudes habían soñado, y jamás lo sería; tampoco ellas volvieron a ser las mismas. Las hermanas comenzaron a verse como rivales ante el mismo interés por conquistar al extraño jardinero. Las dos cayeron en sus redes y en sus costumbres oscuras, perversas y lujuriosas, frente a la mirada impotente de la madre, cuya salud decaía día a día.

»No tardó mucho tiempo en morir. Luego de lo cual las puertas y ventanas volvieron a cerrarse como si tapiaran nuevamente una cruda historia. Pronto, el lugar lució descuidado y por las noches se comenzaron a oír los mismos gritos que asustaron a las mujeres cuando llegaron.

Cuentan los más viejos que a veces veían a las hermanas, o lo que quedaba de ellas, desgredadas, deambulando por los restos del viejo jardín, como bestias salvajes en busca de una presa. Dicen, algunos pocos valientes que se aventuraron por el lugar, que las vieron con el hombre en sus incursiones nocturnas, exhibiéndose en sus relaciones lujuriosas, retozando bajo los árboles o escondiéndose entre las hierbas crecidas como lobos en celo.

Entre tanto, el resto de las casas permanecieron a oscuras, los ojos vigilantes tras las ventanas tapiadas, con sus pocos y extraños habitantes listos a impedir que volviera gente de afuera a perturbarlos otra vez. Aún hoy, luego de tantas décadas, no hay dudas de que algo



maquiavélico envuelve al barrio. Incluso se piensa que aquella gente originaria aun sigue viva, igual que las hermanas portuguesas.

Aunque el lugar ha cambiado —un barrio entero se levanta allí donde antes solo habían pocas casas, apartadas unas de otra— esas antiguas edificaciones se mantienen en pie, abandonadas y en estado calamitoso. Y es allí donde encuentran los cadáveres, o mejor dicho: las partes de cadáveres que nunca se pueden identificar...

Andrés, aburrido de la historia y del ambiente que se había gestado en el bar, pagó su consumición y salió. El aire frío de la madrugada le dio de lleno en el rostro. Se detuvo, cerró los ojos y respiró hondo. Sonrió y sacudió la cabeza de un lado al otro: era una locura sugestionarse por lo que había contado el viejo y mucho más por lo que había creído ver en la casona vieja y abandonada donde fue a recoger el paquete. Comenzó a caminar con las manos en los bolsillos del pantalón del traje hecho a medida, en el derecho palpó el paquetito de coca que el vendedor le había dejado luego de recibir el abultado sobre del pago. Maldijo en voz baja, al imbécil le gustaba elegir los lugares más insólitos para hacer las transacciones.

«Solo a este tipo se le puede ocurrir hacerme venir a un lugar así», pensó.

Le pareció oír un ruido a su espalda, se giró y no vio a nadie, aunque la sensación de que alguien lo seguía se intensificó. Miró en torno, ningún transeúnte caminaba por la calle a esa hora. La luna llena había desaparecido y en su lugar una niebla espesa surgió de repente

seguida por una molesta llovizna. Apuró el paso, envuelto en el eco de sus pisadas presurosas. El sentimiento de persecución se hizo más acuciante. Comenzó a correr, un par de cuadras más y llegaría a su Porsche. El corazón le golpeaba el pecho con violencia, el pánico se había apoderado de él. Comprendió mejor que nunca que algo siniestro se cernía a su alrededor, en ese momento de descarnada lucidez en el cual el bar pareció no haber existido, al igual que los patéticos personajes que albergaba entre sus añejas paredes; del mismo modo que la calle por la que corría, y las casas y los autos que pasaban fugazmente a su paso y quedaban atrás.

—Apuesto a que usted sabe cuál es el misterio que rodea los asesinatos —dijo la mujer, con un cigarrillo entre los labios.

—¿Tendrá algo que ver con esa loca historia que nos cuenta? —agregó con ironía un hombre que se había sumado al grupo.

—Conozco gente, a quienes también conté esta historia, y quienes al igual que ustedes se burlaron al principio. Algunos eran vendedores ambulantes. A mí me daban lástima por la suerte que pudieran correr si se acercaban a esas casas, por eso les contaba esta misma historia. Unos me hacían caso, quizá porque creían como yo en las cosas que no se ven; otros, se reían... A esos no los volví a ver jamás.

—¡Pero al final, cuál es ese misterio que tanto escondes! —exclamaron todos casi al unísono.

—Quienes vivimos por los alrededores sabemos que hay lobos viviendo entre nosotros —soltó el viejo al fin, con una expresión de triunfo y miedo en los ojos febriles.

Todos se quedaron callados, dejaron a medias lo que hacían en ese momento y clavaron su ojos estupefactos en el viejo. Hasta la música dejó de sonar. Un aire gélido pareció colarse por las rendijas de la puerta cerrada. Se miraron entre sí. La mujer se arrebujo en su tapado de piel sintética para disimular sus estremecimientos. Nadie se percató de que el viejo se había deslizado hasta la máquina para ponerle una moneda. El estruendo de la música, que volvió a llenar el bar, los tomó a todos por sorpresa y provocó que más de uno lanzara una maldición y luego una sonora carcajada para aflojar tensiones. El viejo dejó escapar una risita burlona que dejó al descubierto una dentadura cuyo aspecto no parecía propio de un pobre viejito...

Andrés sintió deseos de llorar. Algo venía pisándole los talones, algo oscuro que se regodearía con su carne y con su sangre. Corrió, corrió con más ímpetu, pero parecía que las fuerzas lo abandonaban como si creyeran inútil tal esfuerzo por agrandar las distancias.

En un último esfuerzo de voluntad, miró hacia atrás con la esperanza de no ver nada, de estar sufriendo una alucinación por culpa de las drogas que hacía años venía consumiendo, sin perder las apariencias. Mientras giraba la cabeza, el recuerdo de la sombra que vio en la casona cruzó sus pensamientos, igual que el ronco gruñido y los rasguños sobre la madera podrida que oyó en la oscuridad. Un líquido caliente mojó sus pantalones. El terror ya era una parte de su ser cuando salió disparado como un poseso de aquél lugar. Algo ya lo perseguía de cerca.

Bastó solo un instante. Todo dejó de importar en el momento en que, al enfocar la vista, vio aquello saltando sobre él, tirándolo al piso, inmovilizándolo con su peso, con las fauces chorreando saliva espumosa dentro de su boca abierta en un alarido mudo.

En seguida, los relámpagos luminosos, los truenos ensordecedores enmudeciendo los gritos, los gruñidos y el ruido de huesos rotos y carne desgarrada. Más tarde, la lluvia torrencial que se desató purificadora y dejó, como único indicio de su paso por ahí, algunos charcos dispersos sobre las veredas y las calles.

—¡Oh, por favor! Ya deje de burlarse de nosotros —incredó la pelirroja antes de abandonar el bar. No sin antes darle un retoque rojo a sus carnosos labios.

—Seguro, linda... —respondió con suavidad el viejo, mientras la observaba abandonar el local y una sonrisa burlona dejaba al descubierto sus extraños dientes.

Cuando la noche busca

La balada del nunca amado

Oscuro - Parte 8

Por: Julio Cevalco





u nombre era hipoxifilia. Pero los soldados de la Guadaña y los labriegos de los Campos Pelosos conocían a esa práctica como asfixiofilia o, también, como asfixia autoerótica. Los hipoxífilos lograban la satisfacción sexual al disminuir la respiración, pero en los tiempos de la plaga alcanzaban el orgasmo con ayuda de la horca.

«El hipoxífilo siente que muere —pensaba Oscuro mientras hacía una finta sobre la grama, una cabriola, y trazaba un par de cortes con su acero. El viento aullaba bajo la lluvia fría empapando la soga amarrada en su hombro—. Por lo menos por un instante el hipoxífilo siente que muere, y las poluciones que derrama al arrostrar a la muerte no son el fin de dicho ritual. No... claro que no... Los hipoxífilos son más que burdos pajilleros de las tinieblas.»

Sus botas se hundieron en un charco de sangre. Su acero silbó. Chasqueó. Un corte en diagonal y media cabeza volaba por los aires rociando trozos de huesos y masa encefálica.

Un grito.

—Los hipoxifilos miran a la muerte a los ojos. Encuentran a una mujer y vuelven —susurró el carnicero antes de dar la próxima finta y el siguiente corte con su cuchilla.

Un soldado recibió un tajo en el brazo y, en un suspiro, cuando éste se desplomó sobre la hojarasca, Oscuro envainó su arma imaginando el rostro de la mujer a la cual nunca había visto.

—Tú sí que la has visto, ¿no? —le preguntó al soldado que se arrastraba herido sobre la grama. A su lado se encontraba una alabarda quebrada, marcada con la runa del imperio—. ¿Cómo es la muy puta? ¿Cómo es?

—Tiene los ojos del color de las perlas, mi señor... —El imperial tenía una respiración ahogada. Al punto empezó a temblar y sus pantalones comenzaron a mojarse—. Su piel es pálida. Se le notan las venas: azules, negras, moradas. Por favor, mi señor. Clemencia.

El carnicero comenzó a asentir. Despacio.

—Sigue hablando.

Pero el soldado se había quedado mudo. Con un movimiento lento se quitó el casco, se arrastró sobre la sangre derramada y observó al guerrero de rostro joven, endrino y mugroso. Oscuro le miró con desprecio la cota de malla gris, y la sangre, que le manaba de la arteria branquial que le había cortado, formaba una laguna. Echado sobre la maleza comenzó a dejarse morir. Tenía la cara congelada del susto y su jubón con el emblema de la escórpora estaba empapado de sangre y lluvia.

—Por favor —suplicó con su último aliento—. No me matéis. Tengo miedo. No quiero morir, mi señor. No quiero...

Oscuro lo miraba.

El rostro, antes rosado, había adquirido la palidez de los lemures en cuestión de segundos. Las lágrimas empezaban a aflorarle.

«Es un mocoso... —pensó el carnicero mientras la punta de sus borceguíes se manchaba con el manantial que crecía bajo el moribundo— Parece que ni siquiera ha vivido quince inviernos ni que ha conocido mujer...»

—Por favor...

—Estas muriendo, chico —susurró mientras se agachaba, firme, separando las rodillas—. Todo pasará pronto. No seas marica que no duele tanto como crees. Sólo quiero que me respondas algo antes de que te largues de aquí. ¿La ves?

Oscuro esperó arqueando las cejas.

Esperó hasta que el viento sopló como burlándose en su rostro, y al final fue su risa la única respuesta.

El soldado estaba muerto, torcido en una mueca de espanto.

—Te veías más hermoso vivo.

El carnicero se puso de pie, y, con las manos en jarras, caminó por el lado del cadáver.

Pensó que pronto se pudriría, que de su cuerpo emanaría el mismo hedor a muerte que cada noche brotaba del suyo.

«La Tierra de los Abismos es el destino de todos —esbozó una sonrisa aviesa. Inhaló el hedor de la sangre—. Hasta las princesas más bellas, las que tienen tantos amantes como anillos de oro en sus arcones, terminan incubando gusanos y mierda; también los príncipes, los reyes y hasta los perros de los reyes; todos, incluso las bestias no son más que sacos de sangre, hueso y carne acomodados estéticamente por la horrible-naturaleza.»

Desvió la mirada hacia el soldado al que acababa de cargarse.

Lo vio con el rabillo del ojo sin darse cuenta de que él estaba parado sobre un charco rojo. La sustancia manaba de un bíceps destruido. Del resto de militares de la escórpura, que esa noche cayó en el bosque, a sólo cuatro había aniquilado el monstruo. Los demás sucumbieron ante la plaga mientras huían.

Oscuro caminó con dirección a los despojos, despacio, y empezó a dejarse envolver por la bruma. Casi por instinto se quitó la cuerda que llevaba enroscada al hombro y, lentamente, comenzó a hacer un nudo de horca. Parecía que estaba pensando en regresar a los abismos. En volver a descender sólo para buscar a esos ojos perlados, los ojos de los que tanto había oído desde que comenzó a alcanzar los confines del bosque.

En un suspiro, con el dogal listo, ubicó un árbol de tronco grueso, negro y de madera de antaño.

«Un árbol de muerte», pensó, y supo que aquél era el adecuado.

Sabía que después de colgarse se encontraría cara a cara con la mujer; y cuando ambos se miraran a los ojos, él disfrutaría de sus córneas pálidas, perladas y añejas. Finalmente, le pediría lo que por tanto tiempo había añorado.

«Llévame —sería lo primero que le diría—. Llévame, Muerte, o de lo contrario te cortaré el cuello y te llenaré con mi semilla; te vas a henchir tanto que se te va a escurrir la leche hasta por la nariz.»

El carnicero suspiró.

Cada vez que pensaba en ella se divertía, empero, la había buscando tanto tiempo que estaba empezando a aburrirse. Jugar al gato y al ratón no era lo suyo.

«Aquí vamos», pensó con el ceño fruncido.

Pasó saliva.

Casi sin esfuerzo, ató un extremo de la cuerda a una rama gruesa tras meter la cabeza por el lazo. Luego de ajustarse el dogal al cuello, trepó como un gato por el tronco del roble y, cuando estuvo encaramado en la copa, observó la grama. La tierra estaba sucia y cubierta de hojas con gusanos.

—Hora de bailar en la cuerda —susurró.

Entonces se dejó caer, y sintió un tirón de las vértebras mientras su cuerpo se balanceaba de un lado a otro, faltándole el aire. Las Tierras de los Abismos lo esperaban.



La amiga imaginaria

Por: Agustín Espinosa





eran las tres de la tarde. Había ido a visitar a Mariana pues ya tenía tiempo, desde la preparatoria, que no nos veíamos y era un buen momento para ponernos al día, respecto a mil historias y aventuras vividas durante estos cuatro años. Llegué y la encontré muy feliz, nos dimos un fuerte abrazo y charlamos por horas respecto a como ella se quedó con Isaac, su viejo novio de la escuela, y tuvieron a Lucía, una linda niña de 5 años de edad. Como si escuchara que hablábamos de ella, entró a la sala.

—Mira Lucy, él es mi amigo Mauricio —dijo Mariana y la niña me miró confundida, como si estuviera examinándome.

—Hola, Lucy —saludé—. ¿Estabas viendo la tele? —Ella negó con la cabeza y se sentó junto a mí.

—No, estaba dormida.

Mariana me explicó que, últimamente, Lucía había tenido muchísimo sueño, al grado de incluso quedarse dormida en el kínder y durante la comida. Antes de comentar algo, mi teléfono sonó y me alejé a un rincón de la habitación. Era una llamada de una compañera del Servicio Social, para recordarme que le enviara cierto archivo que ocuparíamos luego.

Colgué y volví a sentarme, noté a la pequeña riendo. Dijo: —¿Qué dices? Sí, es lindo. —luego, me volteó a ver—. Dice Johanna que le caes bien, que pareces un oso.

Me reí ante el comentario del oso y le pregunté sobre quien era.

—Cosas de niños, ya sabes —respondió por ella su mamá—. Su amiga imaginaria que hace poco se inventó.

—Pues si, a veces eso hacen los niños —dije y luego le pregunté por Isaac, pues desde hacía mucho tiempo que no platicábamos por ningún medio.

La cara de Mariana se descompuso y le pidió a Lucía que fuera a su cuarto a jugar con sus muñecas. Una vez fuera de la sala, Mariana me contó que habían tenido problemas de infidelidad por parte de él, que usualmente tienen muchas discusiones y separaciones, y que, de hecho, estaban separados actualmente. Cuando mencionó esto último, sus ojos se llenaron de agua, pero el timbre de su celular impidió que se soltara a llorar del todo. Me dijo que no podía escuchar con su teléfono, así que pondría el altavoz y contestó. Era, precisamente, Isaac, diciéndole, con un notable acento propio de las personas que han bebido de más, que la quería ver y llevarla a cenar. Ella, llena de alegría y sin pensarlo más de cinco segundos, aceptó y colgó. Me preguntó que si, sinceramente, yo opinaba que podrían llegar a tener una relación estable con él.

Yo, buscando una manera agradable de decir lo que pensaba, solo alcancé a decir: —Pues... —y ella, como si captara mi pensamiento al escuchar mi tono de voz, me dijo que al menos quería intentarlo una vez más. Después, me pidió que cuidara a su hija por algunas horas, y puso sobre la mesa de la sala una pila de hojas, una caja de crayolas y demás artículos con los que podría entretener a Lucy, en el improbable caso de que no se quedara dormida; también me dijo que podía tomar lo que quisiera de la cocina.

Al voltear a ver hacia esta, noté una bolsa de comida de perro y le pregunté por él, pues no lo había visto ni escuchado. Ella me dijo que ya tenía tres días que Black, su schnauzer, no regresaba. Luego añadió que tampoco había de que preocuparse, que hubo una vez que se fue una semana y volvió.

Entonces, me volvió a abrazar, me agradeció y se fue a ver a Isaac. En este punto, ya eran las 6.30 de la tarde, y yo tenía hambre, así que me decepcioné cuando noté su refrigerador vacío, excepto por una botella de Coca-Cola, y un traste lleno de mole, el cual me desagrada mucho. Me resigné, tomé el teléfono y pedí una pizza mediana para comer con el refresco. Mientras merendaba y buscaba algún programa o película que ver en la televisión, del pasillo que comunica a los cuartos con la sala, emergió Lucía.

—¿Y mi mami? —preguntó.

—Salió un rato con tu papá, Lucy. —respondí—. Vuelve en unas horas. ¿Quieres pizza?

Ella asintió y se sentó junto a mi, tomando una rebanada. Al terminarla, me tomó la mano y me llevó a la sala, donde se puso a garabatear con las crayolas en una hoja blanca.

Después de unos minutos, muy feliz, me dijo que mirara su dibujo que consistía en sus papás tomados de la mano, ella de pie como saludando y a su derecha, y frente a ella, un garabato que Lucía me explicó que era Black. Luego añadió: —Aunque no va a regresar, a Johanna no le gusta. —confundido, le pedí que dibujara a Johanna—. Ehm... es que no le gusta que la dibuje... Pero... Bueno, ahorita está dormida, lo hago rápido, pero luego tiramos el dibujo, ¿va? —asentí, y la miré dibujando a una niña igual al dibujo que había hecho de ella misma. Sin embargo, había algunas diferencias. En su propio dibujo, ella intentó colorear sus pupilas de azul y su piel de color carne, pero en este nuevo dibujo, para sus ojos, simplemente hizo dos círculos y los dejó en blanco; tampoco coloreó su piel.

—¿Y por qué no le coloreas los ojos ni la cara o los brazos? ¿Se los vas a dejar así?

Ella respondió: —Pues... es que... así son, blancos; también su piel es muy blanca. Es un poco rara. ¿Sabes cómo la conocí? —Negué con la cabeza, estando bastante confundido, y Lucy me señaló una foto de la pared.

—Ella era mi abuelita Antonia, pero se murió. El día que la enterramos conocí a Johanna, me preguntó si la dejaba jugar conmigo en mi casa, y yo le dije que sí porque mi mami casi no juega conmigo. —Yo no supe que responder, pues honestamente, me había asustado su historia. Iba a cambiarle el tema, cuando se levantó, tomó el dibujo y lo arrojó a la basura.

Luego, me susurró: —Es que ya se despertó, pero no hay problema eh, le caes bien. —Otra vez, no supe como responder, así que simplemente le dije a Lucy que llamaría a su mamá, para saber si venía.

Así lo hice y ella me dijo que se había vuelto a pelear con Isaac, y que ya iba para la casa, que en media hora, tal vez cuarenta minutos, estaría allí. Yo, aliviado, le conté a Lucía y ella se alegró. Luego, se quedó mirando a la pared por unos segundos y me dijo: —Oye, Johanna quiere que nos durmamos, ¿me acuestas? —Yo acepté y la seguí al baño, donde se lavó los dientes. Luego, me dijo que esperara afuera, mientras se ponía su pijama y cuando terminó, me abrió la puerta y me dejó pasar. Ella se acostó en su cama y me señaló una silla, para que me sentara.

—Mi mami da clases de inglés, ¿tú también? —me preguntó y yo respondí negativamente.

—Yo soy... Yo... bueno, escucho a la gente. —Ella, curiosa, volvió a preguntar:

—Lo que es mi mamá, se llama «maestra». ¿Cómo se llama lo que tú eres? — Sin saber si conocía esa palabra, le contesté: —Bueno, soy psicólogo.

Ella sonrió y me dijo que su abuelita le había contado sobre eso.

—¿Y es cierto que puedes ver el alma de los demás?

Me reí un poco y le dije: —No, en la escuela no me enseñan a hacer eso.

Lucy, un poco más seria, me dijo: —Yo quiero ser eso de grande, pero pues diles que te enseñen a ver las almas de las personas, y también deberías aprender a robar almas. —Lucy sonreía cada vez más—. ¿Te conté que Johanna sabe hacer eso? Nunca me ha enseñado, pero ella dice que si puede hacerlo.

Si ya estaba nervioso, eso realmente me asustó, pero Lucía siguió hablando: —¡Ay, me caes muy bien! —ella hizo una sonrisa como no había hecho antes, y me lanzó una mirada en demasía penetrante—. Quisiera robar tu alma, lo voy a hacer.

Yo solté una larga (y muy, muy nerviosa) carcajada, y me levanté de la silla. —Bueno, si un día aprendo. —terminé de decir. Escuché la puerta principal abriéndose y los tacos de Mariana. Aliviado, grité: —¿Ya oíste? ¡Ya vino tu mami!

Mariana entró al cuarto y me preguntó que como me había ido con Lucy, quien, extrañamente, ya estaba profundamente dormida. —Pues bien... es un poco... peculiar... pero

es muy linda tu niña. —Ella sonrió, levantó una ceja y me indicó que fuéramos a la sala. Una vez fuera, me dijo que quería caminar, que me acompañaría a mi casa, la cual estaba a unos veinte minutos a pie.

Eran las ocho de la noche y apenas estaba oscureciendo, así que acepté. De camino, me contó lo que había pasado con Isaac y me dijo que, ahora sí, ya nunca más volvería con él. No quise comunicarle mi incredulidad, para no atormentarla, y ella me preguntó:

—Lucía te asustó con sus ondas de Johanna, ¿no?

—La verdad... sí. —respondí. Ella me tomó del brazo, para apoyarse, y dijo:

—Mi hermana la llevó a una psicóloga de por su casa, y ella dice que no hay nada de que preocuparse aún. —Yo asentí, y ella prosiguió—: Si, dice que es normal que un niño chiquito se invente historias así de extrañas, en su situación. Tú, ¿qué opinión de profesional me das?

—Pues tiene sentido, me contó que su abuelita se murió hace poco... por cierto, siento eso —le dije, y detuve el paso para abrazarla—. También dice que casi ya no tienes tiempo de jugar con ella; y si a eso le sumamos que sus papás están en peleas constantes... pues si, una amiga imaginaria no es algo tan descabellado. Lo que si, jamás había escuchado un niño decir que quiere robar mi alma, ja, ja... La verdad, sí me asusté.

—¿Te dijo eso? ¡Esa chamaca! Pero tienes razón, intentaré acomodar mis horas en la escuela de inglés y en mis clases para tener más tiempo con ella; también mi hermana va a visitarla más seguido. Intentaremos que se sienta acompañada y segura. —Yo sonreí y concordé con ella, pues esa me parecía la mejor manera de ayudar a Lucy en estos momentos tensos. Seguimos caminando hasta mi casa, ya sin hablar, hasta que llegamos a mi calle.

—Bueno, Mari, espero te vaya mejor y que Isaac ya no te busque para que tú también tengas más calma. Cualquier cosa que ocupes, me llamas, ¿ok? —Ella asintió y nos despedimos. Entré a mi casa y me puse a revisar mi correo y mis redes, pues no había tocado la computadora en todo el día. También vi algunos videos graciosos, intentando quitarme esa sensación incómoda que me quedó desde que Lucy me dijo lo de las almas. Sin embargo, no lo logré, así que decidí mejor bañarme y dormir, seguramente por la mañana me sentiría mucho más calmado. Tomé un largo baño caliente, me relajé y me acomodé en la cama.

Por fin había terminado de ahuyentar la imagen de Lucy diciendo «Quisiera robar tu alma, voy a hacerlo», y estaba quedándome dormido, cuando sonó mi teléfono. Era Mariana.

—¡Mau! ¡Mau! ¡No está Lucy! —gritaba muy alterada.

—¿Cómo? ¿Qué pasa? —pregunté.

—Es que no sé —comenzó a llorar—, fui al súper rápido antes de volver a casa, luego vine y entré al cuarto de Lucía a verla, pero no estaba... ¡Ya busqué en todos lados! —Yo ya me había terminado de volver a despertar y, nervioso, le aconsejé que llamara a Emergencias y checara si pudo haber salido por las ventanas; también le dije que iría corriendo a ayudarla.

A prisa, me puse un pantalón de mezclilla, tenis y una chamarra, y salí de mi cuarto. La sala de mi casa estaba oscura, pero pude reconocer una pequeña silueta en las sombras. —¿Eres tú? ¿Qué haces aquí? —pregunté y saqué mi teléfono, para llamar a Mariana y decirle que le llevaría a su hija.

—Te seguí —rió Lucía—, me caíste tan bien, que quería darte un regalo.

—Oh... gracias, ¿qué es? —pregunté algo ansioso, mientras buscaba el interruptor de la luz a tientas. Sentí el apagador y la sala se llenó de luz. Ahí, frente a mí, estaba la pequeña pero algo no estaba bien. Su piel era totalmente pálida, casi sin color... sus ojos, abiertos en su totalidad, no parecían tener pupilas sino que eran como dos canicas de color blanco. Finalmente, en sus manitas tenía una bola de pelo sanguinolenta, de color gris oscuro.

—A mi no me gustaba, pero tal vez a ti sí. Se llama Black. —ella tiró al cachorro muerto al suelo. Horrorizado, a duras penas pude emitir palabra:

—Lucía, Lucy, ¿por qué hiciste esto? Le voy a llamar a tu mami, ¿está bien? —La niña caminó hacia mí y pronto sentí que me paralizaba, lentamente, de pies a cabeza. Sin

fuerza en las piernas y lleno de miedo, caí al suelo. La niña hizo esa sonrisa que me había incomodado tanto, algunas horas atrás, y se hincó para poder verme cara a cara. Una vez cerca, cambió su sonrisa por una mirada más seria, pero igualmente intensa y horrible. Después, se acercó aún más, y dijo:

—¡No! No le llames, no me cae bien —ella puso una mano en mi frente y dibujó un círculo con su dedo, mientras yo comenzaba a ver borroso y a sentir frío en todo el cuerpo. Ella rió y terminó de hablar—: Y, por cierto, ya no me digas Lucy, que yo no me llamo así. Mi nombre es Johanna.

Desperté, en mi cama, bañado en sudor. Muerto de miedo, revisé mi teléfono para descubrir que Mariana nunca me llamó después de que volví a casa. Afortunadamente, solo había sido una terrible pesadilla. Me puse una sudadera, pues tenía mucho frío, y fui a la cocina para tomarme una aspirina, pues me dolía muchísimo la cabeza; más específicamente, en la frente, donde soñé que ella había puesto un círculo. Al volver a mi cuarto y recostarme, sentí entre las sábanas una hoja de papel arrugada. La abrí y noté que era la hoja donde Lucía había dibujado a Johanna. Del otro lado, tenía algo escrito: «A Lucía le caes bien, pero a mí ya no. No te acerques». Al terminar de leer, y antes de procesar el mensaje, un sonido me hizo asomar por la ventana. Afuera, estaba un pequeño schnauzer de color gris oscuro, chillando y corriendo calle abajo, despavorido.



Un domingo cualquiera

Por: Jesús Manrique





La familia se encontraba reunida. Algo que era poco usual puesto que solo se juntaban para ocasiones especiales. Hasta lo que recordaba, no era ninguna fecha en particular. Era un domingo cualquiera en el que normalmente cada quien vivía en su espacio particular de un conglomerado de ambientes al cual llamábamos hogar.

Hacia un sol esplendoroso y el calor se hacía notar, especialmente en las zonas donde no llegaba el aire frío de la época. Es curioso, pues la noche anterior había llovido terriblemente, lo cual hizo que corramos por la casa para cubrir las goteras que se filtraban y encharcaban diversas partes. Los rayos y truenos no se hicieron esperar, volviéndose un espectáculo de luces y estruendos dignos de un apocalipsis. Como decía mi abuela, «el cielo parecía haberse partido en dos». Recuerdo que mamá renegaba maldiciendo a papá por no haber reparado aquellas goteras cuando se lo pidió. Obviamente lo decía porque estaba molesta. Al menos eso queríamos pensar.

Recuerdo a la pobre Nieve correr de un lado para otro. Bueno eso es mentira, Nieve es la perra más tranquila que jamás había conocido, a diferencia de otros perros que conozco quienes se alborotaban desesperados. Ella, por su parte, lo único para que se movía era para acomodarse mejor. En las noches de navidad y año nuevo, ella tenía el pasatiempo de salir y mirar al cielo las luces, y mover de vez en cuando las orejas en caso que una explosión se escuchara muy cercana. Era un miembro especial en la familia.

Esa mañana, como todos los domingos, salí de mi habitación temprano para poder ir a la sala y poder ver el programa de tecnología que daban a esas horas. Era un fan desde pequeño de las cosas electrónicas, a lo que mis padres al ver mi gran interés por esas cosas vieron conveniente mandarme a estudiar natación y artes marciales. Realmente entendían muy bien lo que quería, a pesar que la mayoría de los casos yo no estuviera de acuerdo con lo que ellos entendían.

Mamá me interceptó de camino a la sala, algo que se me hizo extraño pues para las 06:38 am que eran, ya estaba despierta. Normalmente todos descansaban hasta tarde los domingos, más aún cuando la tormenta duró hasta pasadas las cuatro de la madrugada. Muy inusual.

Ella me ordenó que bajase a ayudar a la abuela a recoger frutas, verduras y especias de la huerta, ya que iba a preparar un almuerzo especial el día de hoy.

Cuando me disponía a refutar, ella volvió a su habitación y cerró su puerta. Tip número 1: «Ellos siempre tienen la última palabra».

La abuela se disponía a preparar uno de sus famosos guisos de tres carnes, cuyo secreto había prometido pasarlo a sus hijas cuando estuviese a punto de morir. Eso sonaba algo triste, no tanto por el hecho de su muerte sino que la matriarca de la familia estaba lejos de eso y seguiríamos esperando resolver el misterio culinario. Lo sé, suena muy cruel.

Durante toda la mañana la familia fue ayudando en la limpieza y preparación de la casa. Tíos, hermanos, primos y sobrinos iban llegando con el pasar de las horas.

Yo seguía confundido pues no sabía lo que sucedía. Llegó un momento en el que ayudaba a la abuela a cargar una caja con la vajilla para ocasiones especiales, cuando se me ocurrió preguntarle qué era lo que sucedía. A lo que ella simplemente me miró, sonrió y continuó caminando diciéndome, «avanza querido, que la hora nos gana y debemos tener todo listo». Tip número 2: «Si no te quieren decir nada, no te van a decir nada».

Ya una vez concluidas las tareas que tenía asignadas, subí a mi habitación para arreglarme. Separé la ropa que iba a utilizar y me dirigí al baño para poder darme un merecido duchazo. Al salir de la habitación, vi a la apeluchada siberiana parada en el medio del corredor mirando al final del pasadizo. La observé por unos segundos, extrañado. Al momento, se puso a cuatro patas, como dispuesta a correr en busca de algo. Me acerqué lentamente para tratar de ver lo que ella veía.

Nada. Tal vez haya sido un ratón.

Era curioso verla reaccionar de esa forma. En varias ocasiones se quedaba inmóvil mirando al vacío. A veces me gustaría saber que piensa o que ven más allá de lo que nosotros podemos percibir. Muchas historias se hicieron presente en mi memoria, historias sobrenaturales acerca de las habilidades especiales que tenían algunos animales.

Entré la ducha y me tomé mi tiempo. El agua caliente corría por mi cuerpo mientras mis músculos se relajaban.

Al salir, Nieve se encontraba echada como si descansará después de un largo día de trabajo. Levantó su mirada y me observaba expectante, como si en cualquier momento le fuese a ofrecer un bocadillo. De ser por ella comería todo el día hasta reventar. Me dirigí hacia mi habitación y ella levantó la cabeza para mirarme pasar por encima de ella, ya que se había cruzado en todo el camino. Una expresión en su rostro parecía decir reprochante: «Al menos pídemelo permiso, ¿no?».

Encendí la televisión y me empecé a vestir. Me tomó unos segundos darme cuenta que no había programación. Tomé el control y cambié canales rápidamente. No había nada, como si la señal se hubiese caído. Se me hizo extraño. La única razón que encontraba era que la tormenta haya causado averías en algún punto de la transmisión. Apagué el televisor y me apresuré a vestirme.

Escuché a mi madre llamarme desde el primer piso. Salí de mi habitación y me asomé por la ventana que da hacia el primer piso preguntándole qué necesitaba, pero no me respondía. Como bien es sabido por todos, si tu madre te llama y no te contesta es que quiere que te pares a su costado para decirte lo que tiene que decirte. Tip número 3: «Si tu madre te llama, aunque el lugar se caiga debes llegar sea como sea».

Me dispuse a regresar a mi habitación para terminar de arreglarme, cuando al avanzar pude ver con el rabillo del ojo algo que asomaba por la puerta del baño. Giré la cabeza para mirar en esa dirección pero no había nada. Me quedé observando por un instante. Algo parecía haberme estado mirando desde detrás de la puerta. Me armé de valor y entré en el cuarto de baño. Me asomé lentamente y en ese preciso momento escuché nuevamente el llamado de mi madre, una nota más alterada que antes.

Está demás decir que di un brinco del susto. Solo atiné a gritar: — Ya voy.

Volví a mi habitación. Me terminé de arreglar y salí rápidamente. Me detuve en seco al ver a la adorable Nieve parada al final del pasadizo donde se encontraba la escalera que conducía hacia abajo. Miraba en mi dirección, fijamente.

—¿Qué pasa pequeña? —le pregunté cariñosamente, mientras movía sus orejas que parecían alertas a cualquier ruido extraño—. Nieve, ¿estás bien? —le decía mientras continuaba acercándose lentamente, hasta que en ese momento la voz de mi madre volvía a escucharse desde el primer piso, los decibeles seguían en aumento, indicándome que debía bajar en ese momento.

Juro que casi me hago en los pantalones: —Estoy bajando —le respondí.

Volví a ponerle a atención a Nieve, me acuclillé delante de ella y jugué con ella haciéndole caricias en su cabeza esponjada. Movié levemente la cola en señal de agrado, pero algo parecía tenerla inquieta. Con ambas manos la tome por debajo del hocico y elevé su cabeza para mirarla directamente a los ojos. Estaba nerviosa.

Le di un toque en su nariz como acostumbraba hacerlo y me miró preocupada. No entendía lo que le sucedía hasta que nuestra mirada se interrumpió al momento que trató de mirar por encima de mi hombro, como queriendo ver lo que estaba detrás mío.

Un terror inconsciente inundó mi cuerpo. Volteé para ver lo que ella quería mirar insistentemente y allí estaba, la extraña figura oscura que me pareció ver hace un momento detrás de la puerta del cuarto de baño. Me quedé petrificado, pese a que la criatura de ojos celestes se abalanzaba hacia mí.



Solo caí sentado en el suelo mientras se movía rápidamente tomándome por los tobillos. El dolor siguió su camino hasta llegar a mi cerebro haciéndome reaccionar tarde, pues ya me había atrapado.

Es cuando un gran mancha blanca atraviesa el espacio por encima mío lanzándose directamente a la criatura. Nieve trataba de defenderme.

Me puse de pie inmediatamente mientras la criatura forcejeaba con ella. Me detuve pensando que podía ayudarla, pero un veloz movimiento del monstruo lanzó a mi fiel amiga contra la pared. La criatura parecía enfurecida.

«Deja de jugar y baja en este momento», la voz de mi madre nos tomó por sorpresa a ambos, mirando inconscientemente en dirección de dónde provenía. Mi terror fue mayor, pues esta criatura parecía estar dispuesta a ir tras de ella, de ellos, de toda la familia abajo reunida.

No había lugar para dudar, decidí lanzarme contra eso y evitar que llegué a ellos, pero Nieve me ganó la iniciativa, lográndose poner de pie y lanzándose a morderla por lo que parecía ser el tobillo de la criatura, quedándose sujeta fuertemente. No emitía sonido alguno, pese a que parecía haber tomado una expresión de dolor terrible.

El tiempo pareció hacerse lento mientras luchaban. Miré la furia de Nieve reflejada en su rostro esponjado, mientras una sustancia oscura chorreaba de su hocico. Por una fracción de segundo entendí lo que en su mirada trataba de decirme: «Huye Imbécil. Te quiero.»

Me di media vuelta con un dolor inmenso en el corazón y baje rápidamente para dar aviso a mi familia.

De tres zancadas llegué al primer piso. Por unos segundos creí resbalar y caer. Mi mente iba acelerada anticipando las acciones que aún no sucedían, permitiéndome tomar las precauciones necesarias para no cometer errores. Corrí por el corredor que conducía hacia la sala. Llegué a la entrada que conducía al ambiente donde se encontraba la familia.

Cuando me disponía a ingresar a darles aviso de lo que sucedía, algo llamó fuertemente mi atención, algo que me hizo paralizarme de terror. Una voz se escuchaba terrible y amenazadora en un idioma extraño y ajeno, un lenguaje que había escuchado en mis noches de pesadillas. Sin embargo, estaba ahí esa voz, tan real y exclamando furiosa en tono claro y potente. Dichas palabras provenían de algún extraño ser, posiblemente como aquel del que estaba escapando y que había alcanzado a mi familia, encontrándose con ellos. Era demasiado tarde. Me asomé con lágrimas en los ojos a ver por la ventana que daba para ese ambiente y contemplar un terrible espectáculo. Tal fue mi sorpresa, al darme cuenta que toda la familia se encontraba sentada alrededor de la mesa, mientras mi madre continuaba atendiéndolos, no había nada extraño o sobrenatural hasta ese momento. Lo que ocurrió a continuación fue tan brutal que no podía dar crédito de lo que veía y escuchaba, pues la voz y el lenguaje extraño provenía de mi madre, quien notoriamente se encontraba molesta, tan molesta que sus ojos fulguraban de un color celeste sobrenatural. Esta cena era en honor a alguien, alguna visita inesperada que nadie me había querido contar y ahora todo parecía empezar a tomar sentido, aunque realmente no fuera así. Hay familias disfuncionales en la que ningún miembro de la familia conecta uno con el otro y a veces uno puede pensar o que somos adoptados o que todos venimos de planetas diferentes. Eso último no podía ser más cierto, ahora más que nunca, pues no necesitaba ser un genio para darme cuenta que todo en este momento estaba realmente bien jodido en esta casa.

Mis pensamientos me traicionaron, pues en el ensimismamiento que me encontraba, no presté atención del aullido doloroso de Nieve, que incluso al final trataba de avisarme que no había podido detener a la criatura y que huyamos.

Huyamos...

La criatura había descendido de un solo trancazo por las escaleras y se abalanzaba directamente hacía mí. Solo atiné a cerrar los ojos y rogar para que acabe rápido, para que no doliera demasiado.

Toda la familia se encontraba reunida, sentados alrededor de la mesa frente al succulento almuerzo preparado por la abuela. Era uno de sus famosos guisos de tres carnes que tanto le gustaba a la familia.

La madre se encontraba renegando, malhumorada por la demora de uno de sus hijos, lo que inconscientemente la hizo romper el protocolo. En su interior sabía bien el porqué de la demora, pero no era como para que se tomase tanto tiempo. Se sentó a la mesa, forzando una sonrisa a los demás ahí reunidos como indicando que todo estaba bien.

De repente un golpe muy fuerte contra la puerta de la sala, un grito desgarrador de alguien que daba por vencida su resistencia y cuyo último alarido era ahogado de forma escalofriante.

Todos dejaron de hacer lo que estaban haciendo en ese momento. Se miraron los unos a los otros, con notoria preocupación en el rostro. Sin embargo, nadie se ponía de pie, simplemente se quedaron sentados esperando.

La puerta se abrió lentamente y tras ella cruzaba el umbral el tambaleante nieto que se encontraba demorado. Los miró a todos con expresión de alivio y vergüenza, mientras un hilillo de sangre descendía de la comisura de sus labios. Unas terribles marcas irregulares recorrían la circunferencia de su cuello, como si algo anormal lo hubiese apretado con fuerza descomunal. Exhaló aliviado.

La abuela los miró a todos y, en un idioma fuera de este mundo, le dijo a la madre: — Te dije que te deshicieras de esa bestia desde hace tiempo. Ha puesto en riesgo todo —estaba notoriamente molesta.

La madre la miró por un instante conteniéndose de tal manera que pudiese medir la respuesta a tal reproche: —No podía permitir que el muchacho sospechase más de la cuenta. Deshacernos de la mascota hubiera sido lo correcto, pero era un riesgo que teníamos calculado —en su mano izquierda, un cubierto se encontraba siendo retorcido cual papel aluminio.

El proceso de asimilación había tomado más tiempo del que esperaban y de ellos dependía la continuación del plan de invasión en esta ciudad. Se arriesgaron al informar al mando que ya todo estaba controlado cuando uno de los miembros de esta familia aún estaba pendiente de controlar. Ahora todo estaba listo.

Su raza avanzaba en sus planes conforme lo tenían planificado. Lentamente, arrasarían con este planeta, como antes lo hicieron con muchos otros.



¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!



- *Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.*
- *Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.*
- *CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.*
- *Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.*
- *Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.*
- *Asesoría en redes sociales.*
- *Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.*
- *Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.*
- *Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.*
- *Mantenimiento de computadoras y redes.*
- *Recuperación y respaldo de datos.*

w: <http://iotopia.net>

@: estudio@iotopia.net

Skype: [estudio.iotopia](https://www.skype.com/en/contacts/estudio.iotopia)

t: (+51-1) 6559026 (CLARO)

m: (+51-1) 993400806 (CLARO)

Encuentro con el olvido

Por: Vicente Wolf





El agitado anciano se movía trabajosamente por la enorme estructura, a la vez que trataba de resguardarse bajo su voluminoso abrigo. El frío invernal se había adelantado y era evidente que sería más despiadado que en los últimos años.

—Te das cuenta que eres viejo cuando notas esas cosas —se dijo a sí mismo, a la vez que mostraba una genuina sonrisa muy bien escondida tras la rolliza bufanda de lana.

Las bombillas comenzaron a encenderse una por una tras cada paso dado, lo que dejaba entrever los bastantes metros que aún faltaban por recorrer. Por un momento se preguntó si su cita tendría el descaro de hacerlo esperar en una noche como esa. Sin pensarlo demasiado comenzó a aflojar el paso.

Sus ojos, en un proceso demasiado lento para su gusto, se habían logrado acostumbrar a la escasa luz del lugar. Lo que en un principio parecía una ratonera húmeda y asfixiante, ahora se mostraba como una muy elegante pieza de arquitectura. Poco a poco, las invisibles esquinas empezaron a aparecer en forma de hermosos relieves decorados, de la misma manera, un bien definido techo abovedado se dejaba apreciar entre las aun densas sombras sobre su cabeza. Casi como caído en un embrujo, el anciano se detuvo en seco para contemplar los hermosos grabados que recorrían cada centímetro del pasillo a su alrededor.

Los encuentros a esa hora de la madrugada eran algo más que común en su línea de trabajo, pero citar lo en un lugar como ese era una más que agradable sorpresa.

Durante un tiempo considerable se había preparado para esa noche de trabajo. Varios relatos y fotografías le habían orientado sobre lo que tenía que esperar, pero, una vez de pie en aquel lugar, se daba cuenta que lo que tenía frente a él era realmente impresionante. Largos pasillos con altura de aproximadamente cinco metros, decorados en su totalidad a mano con grabados realizados de plantas, animales, guirnaldas y todo tipo de escudos eclesiásticos. Incluso, sobre su cabeza, la totalidad de la bóveda mostraba un elaborado entretejido con ilustraciones de la flora regional.

Por un segundo, tuvo la sensación de que aquellos negros trazos se extendían poco a poco, como si necesitaran la mirada atónita del espectador para nutrirse, para crecer y arremolinarse en aquellos lugares donde la luz no lograba siquiera acercarse.

Tras unos minutos bajo aquel trance, el anciano sacó de entre sus polvorientos bolsillos un muy bien pulido reloj de plata. Sus elegantes manecillas mostraron que estaba irremediablemente retrasado, por lo que muy a su pesar y con un paso no muy acelerado, reinició su camino adentrándose en las inmensas habitaciones del santuario.

Pasaron cinco minutos después de la hora establecida, cuando aquel viejo llegó a la sala principal del exconvento. El lugar se encontraba completamente vacío. —¿Y porque no me sorprende? —se preguntó a sí mismo, con un tono evidentemente molesto mientras juguetaba con el viejo reloj de su bolsillo.

Por un momento, estuvo tentado con la idea de marcharse de aquel lugar, de negarse a aceptar una vez más ese tipo de comportamiento, la impuntualidad era algo que no podía soportar, pero para su desgracia, era plenamente consciente de que era incapaz de cometer un acto como ese, aquella reunión no era para nada un encuentro social y tenía que llevarse a cabo, cueste lo que cueste.

Una hora después, por la enorme puerta principal del convento entró la tan esperada cita. Desde las sombras apareció un hombre alto, no mayor a los veintisiete años, vestido con un elegante traje de corte inglés, de chaqueta y pantalones ajustados.

—Llegas tarde —gruñó el anciano, sentado junto con una mesa color café oscuro, sobre la cual se podía ver un hermoso tablero de ajedrez tallado a mano.

—Llego a la hora precisa. Ve que bien te la has arreglado tú— dijo el joven con su típica sonrisa de oreja a oreja. Su oscura y bien afeitada barba le hacía parecerse a un muy caricaturesco demonio, lo que no era una mera casualidad.

—La próxima vez me iré y será tu turno de estar esperando, chico listo.

La risa del joven no se hizo esperar, tan escandalosa que el anciano apretó los puños para contener sus impulsos.

—Ten respeto del lugar. Además, los vigilantes del convento nos pueden escuchar.

—Corrección. Esto «era» un convento, ahora apenas es una museo que, a veces, sirve como iglesia y cuando termine mi trabajo, ni siquiera eso será —respondió el joven con tono innecesariamente alto—. Además, ¿tengo que repetirte siempre lo mismo? Las personas normales pueden escucharnos pero no pueden vernos, anciano senil.

—¿Crees que no lo sé? Pero el protocolo de trabajo de mi sección y de tu sección, establece claramente que no podemos hacer lo que nos dé la gana —dijo mientras que con una agilidad sorprendente para su edad sacó de entre su ropa un pesado manual, que terminó restregando en el rostro del joven.

«Manual del especialista de mantenimiento y aseguración de recuerdos, efemérides, sitios históricos, nombres de personajes...» Esa era la casi interminable leyenda en la portada del enorme libro.

—Hazte un favor y descarga la versión digital —respondió mostrando un reluciente aparato de apenas cinco centímetros.

—Versión digital —repitió fastidiado—. Alguna vez te darás cuenta que esas «cosas digitales», así como tu departamento, son únicamente una pen..., un ultraje.

—Mi departamento... —dijo el joven que, por primer vez, se mostraba en verdad molesto—, es una organización responsable preocupada por el exceso de información que estos «lugares históricos» atiborran la mente de las personas. Alguna vez te has preguntado, ¿qué pasaría con las personas si en sus cabezas se mantuvieran los miles y miles de pequeños detalles de todo lo que ha sucedido?

—Aprenderían de sus errores —respondió inmediatamente el anciano.

—¡Error! —gritó encolerizado—. Yo, Macario Olvido, como inspector honorífico del sector de saneamiento y reciclaje de información caduca, además de ser el orgulloso responsable de hacer caer en el olvido ese tan molesto tercer día del fin de semana, te puedo asegurar que, sin los filtros adecuados, toda la información que se ha generado volvería completamente demente a cada persona de este mundo.

Ninguna palabra se pronunció después de aquello.

Cada uno mantenía la mirada clavada en el otro, mientras que en silencio el joven Olvido tomó asiento. Su mano derecha acariciaba con delicadeza la bien tallada madera de las piezas del tablero de ajedrez, que el anciano había colocado durante su larga espera.

—Al parecer es hora de empezar a trabajar. Este pueblo tiene demasiada información acumulada —dijo el joven Olvido.

—Yo, como representante ante la ley de toda la información histórica de este lugar, le informo que en esta localidad ninguna información, edificios y/o personajes, están fuera de norma.

—Entonces, yo como acusador, le exijo que se lleve a cabo la única manera aprobada ante la ley para resolver este conflicto. Le reto a una partida de ajedrez por cada porción de información debatida.

—Acepto.

—La primera memoria que se debe borrar esta noche es el origen del nombre «Malinalco» —leyó el joven Olvido, utilizando su resplandeciente aparato.

—¿Acaso te volviste loco? —preguntó inmediatamente el viejo, a la vez que acomodaba sus dorados anteojos.

—Seamos sinceros, es un nombre increíblemente difícil de recordar. Ni aunque escribas un libro sobre él vas a poder pronunciarlo a la primera. Ahora bien, si se hace lo correcto y se logra borrar el recuerdo del porqué tiene ese conflictivo nombre, dentro de unos años



los mismos habitantes lo cambiarán por algo más sencillo —explicó rápidamente, mientras movía su primer peón. Acción que comenzó un sinfín de jugadas desde los dos bandos.

No era la primera vez que se encontraban en el juego por la memoria de alguna localidad o incluso de alguna persona en específico, pero el anciano nunca se dejaba de sorprender al escuchar las peticiones de aquel departamento. A veces se requería que las personas olvidaran una zona en específico, como un parque o una zona de edificios, otras veces se necesitaba hacer un ajuste a varias fechas relevantes entre un sinfín de barbaridades, pero lo que le era absolutamente reprobable era cuando se metían con el origen de la identidad de un lugar.

—Terminaremos viviendo entre un montón de pueblos exactamente iguales, todo gris como sus estúpidos trajes modernos —gritó, mientras perdía uno de sus caballos.

Pero así era la ley del mundo, desde mucho antes de su nacimiento ya se conocía los peligros de la información. Por lo que las autoridades responsables hicieron lo mejor que han podido hacer contra lo que realmente les asusta, la establecieron como ilegal. Como eso nun-

ca acaba bien, terminaron por crear un sinfín de normas para regularla y desaparecerla poco a poco. El perfecto olvido de los recuerdos era el arma del crimen, para después lapidarlos bajo un buen tonelaje del material más pesado conocido por el hombre, la apatía.

Es de esa manera que se necesitó la creación de los departamentos del olvido y recuerdo respectivamente, algo que en su tiempo fue un importante suceso, estandarte del desarrollo y laureado en cada rincón del planeta, hasta que en algún punto fue borrado de la memoria colectiva por ser considerado como información basura fuera de norma.

El anciano no podía hacer nada contra las leyes, su única esperanza era la de esforzarse al máximo en todas las partidas que fueran necesarias. Aunque a decir verdad, dentro de su cabeza no consideraba que esforzarse al máximo fuera necesario contra esa clase de oponente.

—¿Qué mente enferma puede considerar que el nombre del pueblo, basado en una antiquísima leyenda, deba de considerarse como una basura que deba de descartarse? —preguntó el anciano irritado, mientras movía por sexta vez su único alfil restante.

—¿Crees que lo escogí al azar? —preguntó Olvido—. Malinalco significa «Donde se adora a Malinalxóchitl, la flor del malinali». La leyenda que tanto defiendes habla sobre una hechicera que controlaba serpientes y escorpiones, entre muchas alimañas más, mientras se alimentaba de corazones humanos. Por el amor de dios, ¿qué clase de leyenda es esa para el lugar donde viven tus hijos?

«Siempre va por mi reina, solo basta que la mueva un poco para que él mismo desbarate su defensa», pensó el anciano. Cuatro movimientos después y era un hecho, la partida estaría ganada. Lo mejor de todo es que su contrincante ni siquiera lo había notado.

—Pero el punto central del relato es como el gran dios Sol Huitzilopochtli, el hermano de la hechicera, la desterró y la abandono en el olvido por sus crímenes, protegiendo a toda su peregrinación de ese mal. En otras palabras, el relato habla de cómo los hombres no están solos en este mundo y ningún mal es para siempre. Y como información adicional, es un relato que se queda en la mente de quien le interese, porque tengo un jaque mate en dos movimientos.

—Con un demonio —murmuró el joven Olvido, mientras huía de la mirada victoriosa de su oponente.

—Ha sido demasiado fácil. Además, ¡mira qué sorpresa! Solo has tomado a cinco de mis piezas. ¿Sabes lo que significa?

—Lo sé, lo sé. El nombre de este municipio no será puesto a prueba durante los próximos cuarenta años —repitió en tono fastidiado, mientras mantenía la vista en su diminuto ordenador portátil.

—Como siempre te equivocas, lo que realmente significa es que los niños que están allá fuera, le seguirán preguntando a sus abuelos sobre aquella vieja leyenda durante cuarenta años más.

Aquella partida se había sentido como un balde de agua fría para el joven inspector, que mientras mantenía la atenta mirada en su portátil, buscando la siguiente demanda, hacía uso de todos sus esfuerzos para calmarse. Después de todo, la noche era joven y él tenía un plan.

Los duelos siguientes fueron un cumulo de victorias y derrotas para ambos lados. El anciano había podido salvar el recuerdo de dos de seis monjes agustinos, además de todos los platillos típicos demandados, incluso los que hasta para él eran verdaderamente extraños. Además, se sentía particularmente orgulloso por hacer una defensa perfecta de las increíbles pinturas rupestres de hace casi 3 000 años a. de C. Por otro lado, nada pudo hacer por el recuerdo de los pobladores más longevos de la localidad, aparte de perder por completo el nombre y utilidad de un gran número de plantas medicinales.

La situación se tornó más intensa cuando el astuto Olvido le informó su penúltima petición, que no era otra sino todas las pinturas que se encontraban en el exconvento del Divino Salvador, incluidos cada uno de sus murales.

Como era de esperarse, el previo de la partida estuvo adornado por una infinidad de datos recitados por el anciano, sobre los más que hermosos grabados y su enorme importancia como parte de la identidad del pueblo, mismos que fueron totalmente ignorados por el acusador.

El transcurso de la partida, fue el más agresivo hasta ese momento. Las piezas empezaban a salir del tablero con una velocidad que ninguno de los dos había previsto. Por un lado, el joven había sorprendido con un inicio agresivo, usando la famosa táctica de los rayos X, manteniendo el alfil del anciano como tapadera de su propio caballo. El viejo, por su parte, tuvo que sacrificar una de sus torres para poner un bloqueo al conflictivo caballo rival. La pérdida de tantas de sus piezas, le obligó a llevar la iniciativa del ataque, por lo que inició una táctica de atracción donde invitaba a su contrincante a adelantar a su alfil utilizando a su propia reina como carnada.

—La partida está a punto de terminar y estás tan nervioso que voy a tener que sacarte en ambulancia —dijo el joven con la sonrisa renovada, mientras con un movimiento seguro movía el alfil de su posición.

—¿Nervioso? Te faltan bastantes años como para ganarme una realmente importante —respondió el anciano, mientras se tomaba el tiempo de ver el tablero. Por un momento sintió estar cayendo directamente a una trampa.

—Te recuerdo que aquí tu eres el novato, anciano. Apenas llevas cerca de veintitrés años en este juego, pero debo de admitir que eres el único de mis contrincantes que mantiene su rostro intacto a pesar de la presión. —dijo mientras su alfil se acercaba lentamente a la casilla de la reina rival. La sonrisa demoniaca del joven no apareció hasta retirar del tablero la importante figurita de madera—. Sin embargo cuando la cosa realmente va mal, no dejas de jugar con ese estúpido reloj.

Una tormenta de recuerdos llegó a la mente del viejo, cuyas ventiscas lo alejaron de la partida.

— Un día tendremos que jugar por él. No lo había notado pero no se me vería nada mal —dijo recalando el lugar vacío en su muñeca derecha.

En cualquier otra ocasión el escuchar esas palabras hubiera hecho enardecer al anciano, pero un pesado palpar en sus arrugadas sienes ensordecía cada uno de sus sentidos. Por un momento, pudo sentir la brisa del mar en su cara y la agitación de una multitud de gente a su alrededor. En medio de esa muchedumbre, un rostro le devolvía la mirada, un rostro que se mantendría congelado por otros sesenta años más.

La ansiedad llegó como una punzada que asaltó su cansado pechó, el dolor le regresó al presente como si se tratara de la patada que silencia los desvaríos de un sucio borracho. Apenas logró disimular su estado ante su contrincante.

—Sabes que tienes la oportunidad de ganar, trata de distraerte viejo tonto —se repitió a sí mismo, a la vez que secaba su sudorosa frente.

Un teléfono celular interrumpió el tenso silencio. El joven Olvido contestó de inmediato, con un tono de voz bastante más molesto de lo normal.

Otro de sus trucos, muy pronto sabrás con quien te metes —pensó el anciano, que de nuevo mantenía con fuerza el reloj entre sus arrugadas manos—. ¡Espera, ya lo tengo! —movió a su alfil tres casillas y gritó—: Jaque Mate en dos movimientos, maldito bastardo.

La victoria era suya.

El anciano volvía a tener veinte años, cualquier dolor era cosa del pasado y estaba convencido de que, si se lo proponía, podía saltar hasta las nubes, pero todas sus emociones se congelaron al ver que su oponente mantenía una inmutable sonrisa de satisfacción.

—¿Qué te sucede? Te has vuelto loco. —dijo el anciano confundido.

—Tienes mucha razón, fue una victoria excepcional —respondió, aplaudiendo lentamente.

—Todas mis victorias son excepcionales. Ojalá tu andrajoso departamento termine de entenderlo y se canse de meterse con los datos de mi sector —gritó con todas sus fuerzas, sin tener cuidado en la cantidad de saliva que cayó sobre el tablero.

Pero por alguna extraña razón, Olvido mantenía esa estúpida de cara diversión como si el anciano se estuviera equivocando de partida.

Algo confundido, el viejo reviso una vez más el tablero, para darse cuenta de que todo estaba perfectamente bien y él se había coronado como el ganador.

— Es una pena que tu triunfo sea eclipsado por lo que acaba de pasar a varios kilómetros en esa dirección —dijo Olvido, mientras su brazo señalaba al sur. Se mostraba bastante divertido a costa del rostro de su adversario.

—¿De qué hablas?

—¿No lo sabes? Es que acaba de suceder hace apenas cuatro minutos. Uno de tus colegas acaba de perder la zona de Chichén Itzá, ¿puedes creerlo?

—No —el anciano no pudo decir otra cosa.

—Es una lástima que no fuera yo mismo, pero hay que saber alegrarse de los triunfos del equipo —dijo, que para los odios del viejo era el tono más meloso, falso y molesto que alguien podía generar.

—Para que pasara eso, tendría que haber sido una derrota absoluta. Es imposible, yo mismo conozco al encargado del sector —refunfuño el anciano.

—No te podría explicar los detalles. Cuando llegues a tu oficina te enterarás de la gran hazaña o si quieres te puedo enseñar la descripción digital —respondió condescendentemente, sin poder ocultar un momento su sonrisa burlona.

—Estás hablando de incontables años de información. Ese lugar es un patrimonio mundial, sin mencionar que es el nexo cultural de varios países latinoamericanos. ¡Dios mío, cuántos datos e historia se perderían! —gritó el sudoroso anciano—. Blasfemia, digo yo. Esto es impensable. Aquí hubo un gran fraude que será apelado.

—Algo tan monumental no se pueden olvidar tan fácil y créeme cuando te digo que su anulación no puede ser para siempre —recalcó Olvido—. Lo que el protocolo dice que deberá suceder es que a la gente simplemente no le importara más, no habrá más visitas, no más libros, no más nada de nada, pero si todo va bien, con el tiempo alguien se volverá a interesar y aunque el pequeñísimo detalle de que los datos se habrán perdido, todos regresaran a sus bellas construcciones para disfrutar un bonito fin de semana y asunto resuelto. No quiero ser optimista, pero ve lo bien que le fue a Stonehenge en Inglaterra, nadie sabe quien la hizo o para que lo hicieron, pero algo es seguro, nunca de los nunca pasará de moda.

El anciano estaba en shock, la voz de Olvido era idéntica a un vendedor de autos de segunda mano. Su tono de voz, sus gestos y principalmente su estúpida sonrisa le provocaba un odio asesino.

En todos sus encuentros como representante del departamento del recuerdo nunca había acomodado el tablero de juego por sí mismo tras una victoria, pero, en ese momento, las fichas se acomodaban una por una bajo impetuosos movimientos.

—Esto lo voy a apelar yo mismo, ¿me oyes? Yo mismo.

—Esa es una excelente idea, únicamente hay que terminar nuestros asuntos para que puedas hacer lo necesario. Yo sé que las verdaderas víctimas de todo esto son ustedes, que aman tanto la historia —dijo Olvido comprensivamente, mientras movía su primer peón.

—Tienes mucha razón —afirmó el anciano, moviendo sus primeras piezas—. Tenía toda la intención de pasarme un momento por estos jardines, pero con lo acontecido tengo la tarea... ¡No, espera! Tengo la obligación de poner en claro este asunto.

—Es verdad. Es un asunto en extremo sospechoso —aceptó Olvido—. Tu turno.

El anciano realizó sus movimientos mientras guardaba rápidamente sus numerosas pertenencias en los muchos bolsillos de su traje de Tweed, cuando de repente una helada brisa llegó a su espalda.

—Jaque mate en cuatro de mis movimientos, a eso le llamo una verdadera victoria —dijo fríamente el joven Olvido, que para ese momento aparentaba tener muchísimos más años que a las primeras horas de la noche.

—Espera un momento, no estaba poniendo atención —susurró entrecortadamente—. ¿Qué recuerdo exactamente estabas acusando?

—¿No lo sabes? Te lo demandé abiertamente hace unos pocos minutos, mientras balbuceabas tus planes para después de nuestro encuentro. ¿Acaso no lo recuerdas?

—¿Qué recuerdo exactamente estabas acusando? —repitió gritando

—Para tu alivio Chichén Itza está completamente seguro, pero, por otro lado, una de las pirámides más importantes de todo el mundo, junto con su sitio arqueológico, están a punto de ser olvidados por completo.

—No puede ser —dijo el anciano llevándose las manos hacia el rostro. La cadena del reloj tintineaba suavemente.

—A poca distancia de este lugar, exactamente sobre el cerro más cercano —se levantó y explicó orgullosamente—. Existe la llamada Morada de las Águilas, un increíble templo azteca, centro absoluto de su poderío militar y religioso, pero lo más importante, es que es el único edificio monolítico en todo el continente americano. Eso significa que durante muchísimo tiempo, centenares y centenares de hombres trabajaron a mano para convertir un sucio cerro en una magnífica pirámide. Esfuerzo que será olvidado por el bien de la humanidad —terminó con una orgullosa sonrisa que mostraba cada uno de sus bien cuidados dientes.

Cada palabra era un martirio para el anciano, que sin darse cuenta se había dejado engañar la noche entera. La zona arqueología había sido lo primero que resaltó durante su investigación, era sin duda un tesoro en todos sentidos y ahora estaba perdida.

—Gracias por tu apoyo, viejo amigo. Te mandaré a enmarcar la notificación.

—Espera —respondió el viejo implorando—. No puedes hacer esto. Fue mi error y de nadie más.

—Sé que duele ahora, pero dentro de cien o doscientos años habrá un gran interés en esa zona arqueológica, ya lo verás —dijo Olvido, que por primera vez parecía sincero.

—Podemos llegar a un acuerdo. No has actualizado la información de esta última partida, esto aun se puede arreglar —habló el anciano con un lastimero tono.

—No estarás insinuando algo como un soborno, ¿verdad? —dijo sin poder ocultar su sorpresa.

—No debemos llamarlo así, tan solo es un acuerdo entre caballeros.

—Jamás he aceptado dinero por...

—No estoy hablando de dinero. Estoy consciente de que para alguien como tú el dinero no tiene valor, pero debo de admitir que conozco de cierta posesión que es de tu interés.

El joven inspector regresó a su silla y con toda su atención escuchó lo que el anciano tenía que decir.

—Tu departamento, al igual que el mío, tienen siglos de existencia. Y no es un secreto que nunca ha habido un entendimiento entre las dos partes. —explicó lentamente.

—Los aborrecemos tanto como ustedes a nosotros —aprobó Olvido.

—¡Exacto!. A nuestro departamento se le otorgó la gracia del recuerdo omnímodo, por lo que es nuestro deber valorar los tesoros del pasado, mientras que a ustedes se les obsequió una perpetua fuerza de juventud a cambio de cada uno de sus recuerdos.

—No veo a dónde quieres llegar anciano.

—Yo no soy un veterano como tú, pero conozco muy bien hasta donde ha llegado la rivalidad que existe entre nosotros —el anciano se detuvo unos segundos para recapacitar lo que diría a continuación—. Es por eso que sé que en su departamento hay una especie de

meta, un «desafío mayor». Algo que cada uno de sus miembros ha intentado hacer y hasta donde es de mi conocimiento, nadie ha podido lograr.

Adornado con un profundo silencio, el anciano extrajo entre sus ropas un pequeño objeto brillante que parecía propinarle la fuerza que en ese momento tanto necesitaba.

—¿Estarías dispuesto? —preguntó con un leve titubeo, sin dejar de ver la extraña expresión del viejo.

—Te estoy ofreciendo mi... —tragó saliva—, te ofrezco uno de mis recuerdos.

Ninguno dijo palabra alguna por un momento.

—Ofreces demasiado anciano pero no puedo evitar preguntarme qué tan dispuesto estas a pagar lo que prometes. No te confundas, hay muy pocos idealistas allá afuera y cuando esto se conozca serás un verdadero paria dentro de tu departamento, y del negocio en general, sin dejar a un lado que perderás para siempre el recuerdo que yo vaya a seleccionar. ¿Tanto te importan esos viejos edificios que ya desde hace mucho nadie quiere conocer?

—Las memorias de ese lugar son valiosas, son la identidad de este lugar. Tú mejor que nadie sabes que el poder recordar es lo que nos define, lo que escribe el porvenir.

La mirada de Olvido se clavó en el anciano y sin la necesidad de decir una sola palabra más, el trato estaba cerrado.

Con calma buscó su dispositivo portátil y comenzó a escribir una serie de comandos que estaba seguro nunca se habían usado. Una vez que pudo acceder al sistema, tomó la mano del anciano para visualizar la enorme lista de recuerdos.

—Son muchos más de los que me esperaba, incluso para alguien de tu edad —exclamó sorprendido.

—Tuve una larga vida antes del servicio —respondió sin entrar en detalles.

Sin la intención de empezar una conversación, que de alguna manera influyera en su decisión, Olvido empezó a estudiar meticulosamente las largas descripciones de cada recuerdo. Una extraña nostalgia por sus propios recuerdos, ya hace tiempo olvidados, se apoderó del joven que, a su vez, se decidió por dejar de lado la enorme cantidad de datos históricos almacenados, para concentrarse en la vida personal del anciano.

La pantalla no dejaba de arrojar un sin número de encuentros, amistades e incluso una más que notable cantidad de intensos amores marchitos, pero la búsqueda fue detenida abruptamente por Olvido, que no tardó en reconocer lo que desde el principio estaba buscando.

—Según esto, ni siquiera perteneces a este país. Jamás podría habérmelo imaginado —dijo rompiendo el silencio.

—La guerra fue la que me obligó a cruzar el Atlántico hace ya demasiados años. En un principio, mi plan era regresar cuando la república se alzara de nuevo pero las cosas nunca suceden como uno lo planea.

—¿Qué sucedió? ¿Te enamoraste? —interrumpió Olvido.

—La vida, eso es lo que sucedió —respondió tajantemente el anciano, que empezaba a ponerse nervioso.

—Te casaste.

No hubo respuesta.

—Aquí dice que cruzaste el océano varias veces más. Al final, la dictadura cayó pero eso ya no fue suficiente para que te quedaras, sin embargo, seguiste haciendo viaje tras viaje cada vez que podías. Según parece, estabas buscando a alguien.

—¿A dónde quieres llegar? —preguntó el anciano que no tardó en aferrarse a la fría plata en su bolsillo.

—Tu familia. La que encontraste años más tarde a mediados del siglo pasado. Sin embargo, aquí aparece que los viajes no se detuvieron ahí. Al parecer buscabas a alguien más, ¿no es así?

—No... —susurró el viejo sin poder decir algo más.

— Buscabas a tu hermano —sentenció Olvido —, a quien no volviste a ver desde que tomaste el barco que te trajo aquí, el que años antes de la guerra te regaló ese bonito reloj que sostienes tan desesperadamente.

El anciano se encontró a sí mismo aferrándose al viejo reloj como si se tratase de un firme cayado, que evitaba que se desplomara de su asiento.

—No, por favor... —suplicó.

—La elección se ha tomado. El recuerdo que me llevaré será el de aquel día, donde por última vez viste el rostro de tu hermano.

El anciano se petrificó al escuchar esas palabras. Por un momento, tuvo miedo, tan solo pudo sentirlo hasta que ya era demasiado tarde, estaba hecho.

La brisa del mar acarició sus recién rasuradas mejillas y se filtró a través de la amarillenta camisa que llevaba desde hace varios días, la sensación lo hizo sentirse libre. El estruendoso silbato de la embarcación precedió a un pesado movimiento que significaría el inicio de su partida. Tenía veintidós años, se alejaba de su país, de la guerra y de esos cinco meses que pasó encerrado como prisionero del ejército, tras ser capturado arriba de un árbol, intentando intervenir la línea del telégrafo. En su bolsa tan solo contaba con dos billetes de la extinta república, que para ese momento ya no valían ni el papel donde estaban impresos, y un boleto de barco que lo llevaría a un lugar cuyo nombre no sabía si pronunciaba correctamente.

El incansable barullo del puerto se ahogaba a la distancia, como si poco a poco dejara de existir. —No será mucho tiempo —se dijo a sí mismo, mientras se disponía a buscar en la abarrotada cubierta un buen espacio donde pasar la noche.

Fue en ese momento cuando lo vio de reojo entre la ya lejana multitud del puerto. El pálido rostro de Raúl, el primogénito de sus padres. Con todas sus fuerzas, balanceó los brazos en un desesperado intento por llamar su atención y, como por arte de magia, la mirada de su hermano se posó en él, de inmediato lo reconoció.

—¿A dónde vas? —se encontró descarnándose la garganta a la vez que empujaba a la marea de gente de la cubierta.

—A Paris —tan solo eso logró escuchar.

Estaban muy lejos para seguir gritando, pero sus miradas se quedaron inmóviles hasta que el avanzar del barco lo permitió.

De la nada una marea de ansiedad invadió a Olvido. El recuerdo había finalizado pero en su mente se había fijado dolorosamente en un último pensamiento.

—¿Por qué no salté del barco?

Minutos más tarde, el cansado anciano se alejaba lentamente del convento, sosteniendo entre sus manos el viejo reloj de plata, mientras sus pensamientos eran inusualmente asaltados por viejas alegrías de su hermano y momentos de infancia, esta vez no encontró sombra alguna que lo entristeciera. Algo extraño le sucedía, ya que sin poder explicarlo después de esa noche de trabajo, era particularmente feliz.

Como había sido planeado desde un principio, el anciano no era plenamente consciente de lo sucedido en aquella fría noche de invierno, pero muy en su interior había aprendido que el olvido no es siempre una tragedia.

A la distancia, el joven agente se mantenía en las sombras del convento mientras terminaba de borrar el duro recuerdo de una trágica despedida. Llevaba demasiado tiempo esa tarea dentro de su lista de recuerdos para olvidar, algunos de sus colegas no se cansaban de repetir que era una tarea imposible, pero de igual manera otros aseguraban que él era el mejor agente.

—¿Te has puesto a pensar en eso? —preguntó Olvido, que no parecía esperar respuesta de ninguna de las sombras a su lado —Yo lo he hecho. Tal vez no sea capaz de recordar cuando fue la primera vez que me tomé el tiempo para pensar sobre ello, pero estoy seguro que durante años y años he intentado entender la razón del porqué nos hemos impuesto ese

estúpido reto. ¿Por qué un inmortal se tomaría la molestia de entrar en ese tipo de juego?. Al igual que la mayoría, gran parte de mi servicio estuve convencido de que era una simple cuestión de superioridad, de una especie de victoria absoluta, después de todo hacer olvidar a alguien que tiene la única función de recordar, es básicamente quitarle su completa identidad, ¿no crees? Pero por supuesto, como todo pensamiento absolutista, era solo una mentira —soltó una risa fugaz, como si acabara de terminar por entender una mala broma—. Creo que nos aterra lo que somos. Estoy convencido que haríamos lo que sea con tal de no seguir desconociendo lo que hay tras el espejo, de dejar de temer lo mucho que nuestro pasado nos define, de temer lo que dejamos ir.

—Lo que a veces se necesita, es solamente intentar recordar que alguna vez lo fuimos —interrumpió la sombra del anciano, que pudo ser pero no sucedió—. No importa si el recuerdo no nos pertenece, tan solo debemos volver a sentir que en otro tiempo, algún momento nos definió.



muro de Honor de los colaboradores

aquí yacen las firmas y nombres de las personas que hacen posible
que nuestro trabajo continúe a través de su aporte económico



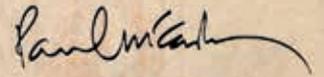
Jovi Huerto Vizcarra



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú